



i.s.o.s. bomba atómica!

CLARK CARRADOS



Con las manos de finos dedos, rematadas en unas uñas de color rojo oscuro, se dio los últimos toques al pelo. Luego, encima de las brevísimas prendas de sutiles encajes negros, se puso un peinador hecho de infinidad de velos escarlata. Los tacones eran altísimos, lo que aumentaba todavía más la estatura de la hermosa mujer.

Casi en aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Ella se dio los últimos toques de perfume detrás de las orejas y, taconeando indolentemente, se dirigió hacia la entrada.



Clark Carrados

¡S. O. S., bomba atómica!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1255

ePub r1.0

Lds 11.06.18

Título original: *bomba atómica!*

¡S. O. S.,

Clark Carrados, 1974

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Con las manos de finos dedos, rematadas en unas uñas de color rojo oscuro, se dio los últimos toques al pelo. Luego, encima de las brevísimas prendas de sutiles encajes negros, se puso un peinador hecho de infinidad de velos escarlata. Los tacones eran altísimos, lo que aumentaba todavía más la estatura de la hermosa mujer.

Casi en aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Ella se dio los últimos toques de perfume detrás de las orejas y, taconeando indolentemente, se dirigió hacia la entrada.

Abrió. Pero el que llamaba no era el hombre a quien esperaba.

En su lugar vio a dos sujetos de rostros pétreos, sombreros con el ala echada hacia adelante y ropas oscuras, impersonales. Ella sintió de repente un miedo espantoso.

—No tema, señora —dijo uno de los gorilas—. Sólo queremos que duerma un poco.

Al mismo tiempo que hablaba, apuntaba a la mujer con una pistola. Pero el arma no estaba cargada con bala, sino con gas narcótico.

Un minuto más tarde, la dueña de la casa estaba tendida en su lecho, tan dormida como un tronco de árbol. Los dos sujetos se sentaron en el salón a esperar al hombre que iba a llegar.

Pasaron cinco minutos. Sonó el timbre.

La puerta se abrió. Sheridan Harvey Burr parpadeó al ver a dos hombres en lugar de la hermosa mujer con la que estaba citado.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Quiénes son ustedes?

La pistola de gas actuó de nuevo. Burr se dio cuenta de lo que iba a suceder e intentó retener el aliento, a la vez que forcejeaba para sacar el pequeño revólver que llevaba a la cintura, en el lado izquierdo.

Otra pistola, y ahora era auténtica, se apoyó en su estómago con sorprendente rapidez.

—No lo haga, señor Burr —dijo uno de los sujetos.

El otro volvió a lanzarle una segunda descarga de gas.

—Respire, respire hondo —ordenó.

Forzado por las circunstancias, Burr obedeció, preguntándose a qué diablos se debía aquel ataque inesperado.

Pero no tuvo tiempo de hallar la respuesta. La pérdida de conocimiento sobrevino rápidamente.

Cuando despertó, oyó un leve ruido, cuyo origen tardó algunos momentos en identificar. Notó que se hallaba sentado en una cómoda butaca y, al abrir los ojos, se percató de que estaba a bordo de un avión.

Uno de sus secuestradores se le acercó, solícito, portador de una bandeja.

—¿Se encuentra mejor, señor Burr? —preguntó amablemente—. Por favor, tome un par de tazas; esto acabará por ponerle bien del todo.

Burr miró recelosamente la cafetera situada sobre la bandeja.

—¿Qué clase de pócima hay ahí? —inquirió.

—Café con un treinta por ciento de *brandy*.

Burr meneó la cabeza.

—De todas formas, si ustedes hubieran querido asesinarme, podrían haberlo hecho ya mil veces —dijo.

Y aceptó la primera taza. Luego tomó la segunda y se sintió bastante mejor.

—¿Cigarrillos? ¿O prefiere caramelos?

—Oiga, esto no es un «jet» de línea; más bien parece un avión privado...

El gorila no contestó. Burr aceptó los cigarrillos y unos fósforos.

Sí, era un avión de alguien con muchísimo dinero, aunque no veía nada que pudiera señalarle su personalidad.

—¿Adónde me llevan? —preguntó de repente.

—*No comment*— contestó uno de los gorilas.

Burr se resignó, decidiendo tomarse la situación con filosofía. Le habían despojado de todo, excepto de su ropa.

De pronto, sobre la cabina, se encendió una luz que centelleó varias veces. Uno de los secuestradores se dirigió hacia el

compartimiento de equipajes, del que volvió a los pocos segundos con un bulto en las manos.

—Póngaselo —ordenó.

Burr contempló aquel objeto con ojos de pasmo.

—Un paracaídas —dijo.

—Sí —corroboró el gorila, inexpresivamente.

—Pero...

—Póngaselo. Usted sabe cómo se hace, ¿no es así?

Burr suspiró.

—Claro que sé —dijo malhumoradamente—. Pero ¿qué demonios se proponen ustedes?

—Ya lo sabrá, no se preocupe.

Momentos después, Burr se había colocado el paracaídas. Revisó los atalajes y halló todo en orden. Se preguntó cómo y cuándo le ordenarían saltar.

—Siéntese y espere —indicó uno de los sujetos.

Burr obedeció. Sentarse encima de un paracaídas y más sobre un asiento no especialmente diseñado para ello, resultaba altamente incómodo, aunque la incomodidad, se dijo, no duraría mucho rato.

De pronto, le pareció que el avión reducía su velocidad. Ahora le ordenarían acercarse a la escotilla y le obligarían a arrojarle Dios sabía dónde.

Estaba equivocado. De pronto, se encontró cayendo en el vacío y en la noche. Tardó algunos segundos en darse cuenta que el suelo del avión había fallado bajo su cuerpo.

* * *

Volteó unas cuantas veces, mientras el aire rugía en sus oídos. Luego sintió el aliviador tironazo de los arneses del paracaídas. El descenso se hizo mucho más lento.

La luna estaba en menguante, próxima a terminar su fase de decrecimiento. Burr calculó la hora, alrededor de las cuatro de la madrugada.

Repentinamente, sintió un espantoso vértigo. ¡Estaba cayendo hacia arriba, directamente al espacio donde brillaban millares de estrellas!

Un momento después se dio cuenta del error. Lo que veía bajo

sus pies era la espejeante superficie de un lago, en el que se reflejaban las estrellas con sorprendente fidelidad. Se preparó para la zambullida.

Segundos más tarde, empezaba a nadar. Había podido ver tierra firme a unos doscientos metros de distancia y, tras despojarse de la chaqueta y los zapatos, se encaminó en busca de la salvación, mientras maldecía a los autores de tan singular secuestro, cuyos propósitos ignoraba en absoluto.

De repente, notó en los costados dos bultos pesados en los que, hasta el momento, preocupado por su situación, no había reparado.

—¿Para qué diablos quiero yo dos bombas de mano? —farfulló, rebosante de rabia por lo que estimaba ya una broma más que pesada.

Pronto advirtió que sus pies rozaban el suelo. Dio un par de brazadas más y se agarró a las hierbas de la orilla.

Salió del agua. Casi en el mismo instante, una ametralladora tableteó ferozmente a poca distancia.

Burr hizo una zambullida impecable. Por un momento se preguntó si estaba en Vietnam o en Laos...

Pero, en tal caso, había estado dormido mucho tiempo. Atravesar el Pacífico no era cosa de pocas horas. ¿Le enviaban a alguna misión secreta?

La ametralladora seguía disparando, a menos de treinta pasos de distancia. Burr se dio cuenta de que no tenía más que una salida.

La primera bomba de mano voló por los aires. El tableteo de la máquina se acalló en el acto.

Burr reptó poco a poco. De pronto, encontró un bulto tumbado en el suelo.

Algo brillaba sobre la hierba. Burr se apoderó de la metralleta del muerto y de varios peines de repuesto. Puso uno en el alveolo y avanzó.

De repente, un bulto oscuro se irguió ante él. Burr le envió una salva de balas a media altura, disparando su arma en abanico. El enemigo se desplomó en el acto.

Burr sudaba de pánico. «¿Adónde diablos habrá ido a caer?», se preguntaba.

De pronto, se encendieron varios focos a corta distancia. Burr se tiró de cabeza al suelo, ocultándose tras un arbusto. Luego empezó

a pensar en la forma de apagar aquellos reflectores a tiros.

Pero no pudo hacer nada más. Una voz brotó de un poderoso altoparlante:

—¡Muy bien, muy bien, lo ha hecho a la perfección! ¡Señor Burr, ya puede ponerse en pie; como dicen los italianos, *la commedia é finita!*

Burr abrió la boca, estupefacto. A través del altavoz, oyó una rotunda carcajada.

—Ya se ha acabado la broma, señor Burr —dijo el mismo individuo.

Sonaron pasos en las inmediaciones. Un reflector lanzó sus resplandores sobre un hombre, vestido impecablemente, que se detuvo a pocos pasos del lugar donde se encontraba Burr.

—¿Señor Burr? —dijo con exquisita cortesía—. Soy Randolph, el mayordomo del señor Galton. Tenga la bondad de seguirme, señor Burr.

CAPÍTULO II

Burr se había bañado y vestido ropas nuevas, cómodas y holgadas. Amanecía ya cuando entró en un inmenso salón, de suelo espejeante, con una de las paredes enteramente de cristal. A través del vidrio podía verse el panorama del lago.

Un hombre entró por la puerta opuesta casi al mismo tiempo. Era alto, fornido, muy robusto, de pelo entrecano, áspero como cerdas de un cepillo, cejas muy espesas y ojos que parecían trozos de diamante.

—Soy Galton —se presentó.

—Richard Grey Galton —dijo Burr—. Le conozco, Midas II.

Galton se echó a reír. Randolph, el mayordomo, entró con el desayuno.

—Déjenos solos, Ran —ordenó Galton.

—Bien, señor.

El dueño de la casa llenó dos tazas. Burr notó entonces que tenía hambre.

—Coma sin miedo, no hay veneno en los alimentos —rió Galton—. A decir verdad, lo último que querría es que le matasen.

—¿Por qué me ha traído aquí, Midas II?

—Se lo diré con toda claridad. Necesito un hombre de sus características físicas y mentales, para encomendarle una misión, en la que espero triunfe y por ejecutar la cual abonaré la suma de cien mil dólares.

—¿Hechos en su fábrica particular o en la del Gobierno?

Galton meneó la cabeza.

—Sí, ya sé, me llaman Midas II, porque soy como el primero, el de la mitología: todo cuanto toco se convierte en oro. Pero la gente exagera...

Burr persiguió medio huevo frito con el tenedor y una tostada y engulló todo de un golpe.

Con la mano izquierda hizo señas al millonario de que podía seguir hablando.

—Hace unos instantes, he hablado de cien mil dólares. Naturalmente, los gastos son aparte —dijo Galton.

—Richard, no me haga reír. Por mis servicios no cobro más allá de mil dólares, dos mil en algún caso excepcional. ¿Está tratando de contratar a un asesino?

—Hace años mató a Kid Curston.

—Era un criminal sádico, un hombre que no se detenía ante nada ni nadie. Ya tenía media docena de muertes comprobadas en su currículum. Cuando disparé, él me había metido ya una bala en el hombro y otra en el costado izquierdo. No tenía puntería; era un tipo que sólo mataba a quemarropa. Ésa fue mi suerte.

—Dejemos esto, Sheridan, y vayamos a lo nuestro. ¿Ha oído hablar alguna vez del doctor Vardan?

—Vagamente —contestó Burr.

—Tiene que buscarlo. Tráigamelo aquí, a la isla de la Calavera, y recibirá un cheque por la cantidad mencionada. Ahora, claro está, le daré cinco mil en efectivo, para los primeros gastos.

—¿Qué le ha hecho a usted ese tal Vardan, señor Galton?

—No es cosa de su incumbencia, Sheridan. Tráigamelo aquí, es todo.

Hubo un momento de silencio. Burr se disponía a tomar una taza de café, cuando una hermosa joven entró silenciosa y calladamente en el salón.

* * *

Era una guapa chica de menos de veinticinco años, de cabellos rojizos y ojos verdosos, vestida con un ceñido traje de una sola pieza, que modelaba a la perfección sus líneas anatómicas. Galton hizo las presentaciones:

—Eunice, el señor Burr. Sheridan, Eunice.

Burr observó que Galton no había mencionado el apellido de la chica.

—Encantado —dijo.

—Hola —contestó ella.

Y se sentó indolentemente en el brazo del sillón ocupado por el dueño de la casa.

—Hablemos con claridad, señor Galton —dijo Burr segundos después—. ¿Por qué me ha contratado a mí?

—Tiene treinta años, mide uno setenta y tres, ojos castaños, pelo oscuro, aspecto corriente... Pero pocos, muy pocos saben que tiene usted una inteligencia excepcional, que suele dejar atrás los escrúpulos, cuando conviene —aunque siempre hasta cierto punto, claro está—, y, además, conoce el karate a la perfección.

—Es favor que usted me hace —dijo Burr sarcásticamente—. Y, dígame, ¿quién le ha dado tantos y tan buenos informes de un servidor?

—Otra agencia de información, naturalmente. Había oído hablar un poco de usted y decidí enterarme de la clase de hombre que es. Los informes resultaron muy satisfactorios. Pero aún faltaban un par de pruebas.

—Sí, el paracaídas y los tipos que me atacaron en la orilla...

—La ametralladora disparó cartuchos de fogeo, la suya también. Los supuestos atacantes eran maniqués. Yo le estaba observando por un circuito cerrado de televisión. Eso me convenció de que había acertado con el hombre que debe traerme aquí al doctor Vardan.

—¿Para asesinarle?

—No diga tonterías —rezongó Galton—. Se dicen muchas cosas de mí, pero ¿ha oído alguna vez que yo estuviese mezclado en algún asesinato?

—No lo sé. Tal vez lo hizo tan bien, que nadie sabe que mató a... quien fuese —contestó Burr irónicamente.

—Le repito que no se trata de un asesinato. Sólo quiero tener a Vardan conmigo y charlar con él. Trabajaba para mí y, de pronto, ¡paf!, se evaporó sin dejar el menor rastro.

—Muy bien, iré a buscar a Vardan... Pero, dígame, ¿en qué y dónde trabajaba?

—Era el director del Centro Privado de Investigaciones Avanzadas Galton, en Holsomby. Puedo añadir que hace un par de semanas me llamó desde Cratton Place (lo sé, porque el jefe de Policía es amigo mío y localizó la llamada). Entonces fue cuando

me dijo que se marchaba, que no quería trabajar más para mí y que era inútil que ordenase buscarle.

—Todo eso, salpicado con algunos improprios no aptos para los delicados oídos de la señorita Eunice.

—¿Eh?... ¿Cómo lo sabe usted? —se asombró Galton.

—¿Es que no ha leído nunca los chistes del empleado que encuentra otro trabajo mejor y se despide de su jefe, desahogándose a fondo?

Eunice lanzó una argentina carcajada. Burr le hizo un guiño de ojos.

—Está bien —gruñó el dueño de la casa—. Puede descansar todo el día de hoy.

—Mañana se pondrá en campaña, Sheridan. —Le corre prisa, ¿eh?

* * *

Galton se fue. Burr y la chica se quedaron solos. Eunice se sonrojó de repente.

—¿Por qué me mira tan fijamente? —preguntó.

—Es que jamás he visto un objeto de adorno tan bello —contestó él desahogadamente.

—Si piensa así, se equivoca de medio a medio.

—¿Por qué habría de avergonzarse? Midas anda por los cincuenta años y tiene la fortaleza de un toro. Encuentro perfectamente lógico que tenga en casa una mujer joven y hermosa... como adorno.

Eunice se acercó a Burr y le abofeteó.

—Eso por pensar mal de mí —dijo.

Pero Burr, rápido como una centella, agarró aquella mano y besó suavemente su palma.

—Piel de seda, ojos de mar... La mujer de mi vida —suspiró.

—No soy la mujer de...

—Es usted un gasto demasiado caro de soportar, Eunice. Pero ¿por qué no me enseña la isla?

Eunice pareció humanizarse un tanto.

—Está bien, dejemos esa tonta discusión —contestó—. Venga conmigo.

—Oiga, es usted muy madrugadora —sonrió Burr—. Apenas hace unos minutos que ha salido el sol y...

—En un lugar como éste, es un pecado estar en la cama hasta las tantas. Adoro contemplar los amaneceres en el lago, señor Burr.

—Puede llamarme Harv. Así lo hacen todos los amigos.

—Ah, ya me considera su amiga.

—No es mi enemiga —rió él.

Salieron por la terraza. La isla, apreció Burr, medía unos quinientos metros de largo por trescientos de ancho y estaba situada casi en el centro de un lago que, visto desde el aire, presentaba los vagos contornos de una calavera humana. La distancia más corta a la orilla era de dos mil metros, aunque había lugares que dicha distancia se alargaba casi a los cinco kilómetros.

La residencia se hallaba situada a unos setenta metros sobre el nivel del lago. Los árboles, principalmente álamos y sauces, abundaban en la isla.

—A Galton le gusta la seguridad, ¿eh? —dijo Burr.

—Por supuesto —contestó Eunice.

—Pero un asesino, quizá, podría llegar por la noche...

—Son dos kilómetros desde el punto más cercano. Aparte de eso, tiene media docena de vigilantes, todos ellos muy bien armados. No, no hay peligro alguno en la isla, se lo aseguro.

Burr soltó una risita.

—Galton tiene suerte de que yo no sea un asesino pagado —dijo—. Podría llegar aquí, matarle y marcharme, sin que nadie lo advirtiese.

Eunice pareció sentirse muy impresionada por aquellas palabras.

—Hablaré con él. Tal vez sería interesante que usted le diera consejos acerca de las mejoras en los sistemas de seguridad.

—Bueno —dijo Burr con indiferencia.

De repente, vio una cosa blanca entre las hierbas.

—Ah, ahí está mi paracaídas —exclamó.

Lleno de curiosidad, empezó a indagar en el lugar donde había llegado pocas horas antes. De súbito, Vio la ametralladora que le había hecho sentirse tan asustado durante unos segundos.

Era una ametralladora ligera, con su trípode, de calibre 7,62 mm.

Burr saltó al hoyo en que estaba emplazada. La máquina estaba

intacta, observó; luego, su bomba no la había inutilizado. Alguien, al oír el estampido, había dejado de accionarla por medio del control remoto que ponía en marcha el mecanismo de disparo.

Bruscamente, observó algo que le puso los pelos de punta.

—¡Eunice, venga! —llamó.

La joven echó a correr hacia él. Inesperadamente, Eunice lanzó un agudo grito de dolor y rodó por tierra. Burr vio en su brazo izquierdo una larga raya roja.

Casi en el acto, oyó el impacto de una bala en el árbol que tenía detrás de él. Alguien les estaba disparando por medio de una pistola provista de silenciador.

CAPÍTULO III

El hombre estaba agazapado detrás de otro árbol, a setenta u ochenta pasos. Burr oyó un ligero chasquido y, casi en el acto, el silbido de la bala a pocos centímetros por encima de su cabeza.

—Ese tipo tira a matar —gruñó.

Y no era difícil adivinar por qué aquel sujeto pretendía eliminarles del mundo de los vivos, a él por lo menos.

Burr saltó detrás de la ametralladora, mientras las balas de su incógnito atacante hacían volar ramillas y tallos de hierba a su alrededor.

Ya estaba tras la máquina. Tiró del cerrojo y apuntó. Algo le calentó el brazo izquierdo, pero la bala se había limitado a perforarle una manga.

Burr empezó a tirar y el atacante suspendió el fuego.

Los pájaros volaron asustados. El fragor de la máquina era ensordecedor. De pronto, a ochenta pasos de distancia, Burr vio a un hombre que saltaba y danzaba de un modo muy extraño, después de lo cual el individuo cayó de bruces al suelo y no se movió más.

Burr esperó un momento. El individuo no se movía.

—Eunice —llamó quedamente.

—Estoy aquí, Harv —contestó ella.

—Sujétese el brazo herido con la otra mano. Ahora vendré a atenderla.

—¿Hay peligro?

—Parece que no, pero siempre es bueno asegurarse.

Burr se deslizó entre la vegetación. Dio un rodeo y procuró acercarse al atacante por el lado opuesto. Pero, a los pocos momentos, vio que sus precauciones eran inútiles.

Recogió el rifle y contempló pensativamente el silenciador acoplado al extremo del cañón. Se trataba de un «Máuser» para caza mayor, con proyectiles blindados y de alta penetración, calibre 7,92.

Luego, sin soltar el alma, regresó junto a la muchacha.

Eunice estaba sentada en el suelo. Burr se arrodilló a su lado y examinó la herida.

Luego sacó un pañuelo y vendó el brazo.

—No es nada: la bala apenas si rozó la piel —sonrió.

De repente, se oyeron voces en las inmediaciones:

—¡Eunice!... ¡Señor Burr!...

Era Galton, seguido de alguien más.

* * *

Galton llegó a aquel sitio y se detuvo en seco al ver el cuerpo retorcido y lleno de sangre que yacía sobre la hierba. Luego dirigió a la pareja una mirada inquisitiva.

—¿Y bien? —dijo.

Dos de los vigilantes habían acudido con él, ambos armados con sendas pistolas. Burr hizo un gesto.

—Sígame, Galton —indicó.

El financiero obedeció. Burr le enseñó la ametralladora.

—Sí, ya lo sé; yo mismo ordené que la pusieran ahí —dijo Galton.

Burr tiró de la cinta de cartuchos.

—Pero ordenó que fuesen de fogeo —exclamó—. ¡Y son cartuchos con bala!

—No puedo creerlo... —dijo Galton, estupefacto—. ¿Quién ha sido?

—Está allí, tendido, con doce o quince balas en el cuerpo. Venía a retirar la cinta de cartuchos auténticos y colocar los de fogeo. Vio que nosotros estábamos aquí y empezó a disparar con este rifle.

Galton se sentía atónito. De pronto, uno de los vigilantes exclamó:

—¡Señor Galton, es Dave Wolanski!

—¿Sospechaba usted que Wolanski podía ser un traidor? —preguntó Burr.

—No... —contestó Galton—. Todos mis empleados son escrupulosamente investigados antes de que se les confirme el empleo.

—Con Wolanski estaba equivocado. Sencillamente, no quería que yo llegase cotí vida a verle. Falló con la ametralladora, en el momento del desembarco, y luego trató de acabarme con su rifle. Voy a darle un consejo, señor Galton: si todos sus guardaespaldas tiran como Wolanski, hágales que se entrenen a fondo; su puntería es pésima.

—Se entrenarán —aseguró Galton—. ¿Cómo te encuentras, Eunice?

—Bien —sonrió la chica—. Sólo ha sido una rozadura.

—Volvamos a casa —dispuso Burr—. Tengo que hacerle algunas preguntas reservadamente, señor Galton.

El financiero asintió.

Mientras caminaban, Burr dijo:

—Supongo que usted se ocupará de los problemas legales que comporta la muerte de Wolanski.

—No se preocupe. Ha muerto en mi propiedad. En esta isla, la ley soy yo —contestó Galton arrogantemente.

—Diríase que es un señor de horca y cuchillo —sonrió el joven.

Galton no quiso hacer comentario alguno. Llegaron a la residencia y Burr fue al baño en busca de material de cura. Desinfectó el rasguño, le puso encima una pomada antiséptica y la cubrió con unas gasas.

—Es una herida superficial; no se le pueden poner grapas —dijo.

—Me quedará señal —suspiró Eunice.

—En tal caso, dentro de unos meses, cuando la piel no sólo haya crecido, sino renovado, recurra a la cirugía estética. Y ahora, usted, señor Galton, contésteme a una pregunta.

—Sí, lo que quiera.

—Dice que es amigo del jefe de policía de Cratton Place, por cuya mediación localizó la llamada del profesor Vardan.

—En efecto, así es.

—¿Desde dónde hizo Vardan esa llamada?

—Usó el teléfono de un local llamado Crazy Duck, no sé más.

—¿No hizo su amigo investigaciones?

—Lo que averiguó no me sacó de ningún apuro.

—Está bien. Ahora necesito una fotografía de Vardan y una lista de sus amistades.

—Iré a mi despacho —contestó Galton.

Eunice sonrió.

—Voy a ordenar que preparen café. Creo que lo necesitamos, ¿no es así?

—Una taza no vendría mal, en efecto —convino Burr.

Galton regresó minutos más tarde. Burr estudió el rostro que aparecía en la fotografía. Era el de un hombre de algo más de cincuenta años, con abundante cabellera canosa y barba y bigote. Vardan tenía una noble apariencia y había en sus facciones una rara expresión de energía, mezclada con una singular dignidad, lo cual, pensó Burr, le hacía ser un hombre mentalmente complicado, pero también tenaz y firme en sus convicciones.

—Me quedo con la fotografía —dijo. Y añadió—: Parece un personaje bíblico; no le falta más que la túnica, el manto, las sandalias y el cayado.

Galton lanzó un bufido.

—Vardan tiene de todo, pero jamás se parecerá, ni de lejos, al personaje que usted tan bien ha descrito —contestó.

—Bien —dijo Burr—. Y ahora, una última pregunta, aunque como es de carácter que podríamos calificar de personal, puede negarse a contestarme y no se lo reprocharé, claro está.

—Bien, diga.

—¿Cuál es el apellido de Eunice, señor Galton?

—Vardan —fue la sorprendente respuesta del financiero.

* * *

Había una gran lancha motora en un pequeño embarcadero situado en una diminuta ensenada. También se veían un par de botes de pesca y hasta un balandro.

Galton llegó a la mañana siguiente al embarcadero.

—¡Burr! —llamó.

—Estoy aquí —contestó el investigador, asomando por la caseta de la motora, con las manos llenas de grasa.

—¿Qué diablos hace ahí? —preguntó Galton, asombrado.

—Aguarde un minuto; se lo diré enseguida.

Burr desapareció de nuevo en el interior de la motora. Poco después, volvía a salir con un pesado bulto en las manos.

Era una caja oblonga, de color oscuro, cuyo tamaño era doble de una de zapatos.

Galton se quedó atónito al verla.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

Burr sonrió. Levantó la tapa. Galton respingó.

—¡Dinamita! —gritó.

—Exacto. Doce cartuchos, suficientes para convertir en polvo esa embarcación. Y a sus tripulantes, claro está.

—Pero ¿quién demonios...? ¿Cómo pensaban hacer explotar la dinamita?

—Hay un mecanismo de relojería conectado al arranque. Cuando el motor de la lancha se pusiera en funcionamiento, el mecanismo se pondría también en marcha. De aquí a la otra orilla hay, aproximadamente, cinco minutos, es decir, trescientos segundos. El reloj estaba graduado para activar la espoleta a los ciento cincuenta segundos.

Galton se sentía pasmado.

—Pero ¿cómo se le ocurrió...?

—Verá, es que, después del recibimiento que me hicieron ayer y después de esa pequeña guerra con Wolanski, ya no me fío de nadie.

—¿Ni siquiera de mí?

—A usted le concederé el beneficio de la duda.

Galton se envaró.

—Al otro lado le aguardan ya —indicó—. Le han preparado un coche, con radioteléfono. En el tablero tiene mi indicativo personal, para comunicarse conmigo a cualquier hora del día o de la noche.

—Veremos —contestó Burr.

—¿Qué quiere decir eso? —Se encrespó el financiero.

—Muy sencillo: si me conviene llamarle, le llamaré. Si no, se aguardará todo el tiempo que yo crea necesario. Una de las cosas que debe meterse en la cabeza, a partir de este momento, es que no voy a permitir que nadie fiscalice mis actos. A la menor sospecha, abandonaré el caso y usted y Vardan se irán al diablo. ¿Está claro?

CAPÍTULO IV

Crazy Duck era un local amplio, aunque sin nada de particular, con una sala de billares y otros juegos de salón. También había un primer piso con reservados.

A las seis de la tarde y a media semana, la clientela no era demasiado abundante. Burr calculó que los sábados Crazy Duck estaría abarrotado. Pero ya había algunas chicas, dispuestas a animar a la clientela.

Burr estaba en un ángulo del mostrador, con aire aburrido. Una mujer se le acercó de pronto.

—¿No me invitas a un trago, buen mozo? —solicitó.

Burr la contempló especulativamente.

—En un reservado —propuso.

—Muy bien —aceptó ella—. Me llamo May.

—Harv. O Harvey, como quieras, May.

La mujer levantó una mano.

—Envíanos una botella de lo bueno y dos copas, Joe —indicó.

—Bien, May —contestó el barman.

May se colgó del brazo de Burr. Era una mujer rotunda, de pecho ampuloso, cintura carnosa y amplias caderas.

Momentos después, May destapaba la botella.

—Salud, Harvey —dijo, una vez llena su copa.

—Salud, preciosa. Oye, ¿sólo te llamas May?

—Cadbey es el apellido —rió ella—. ¿Te gusta?

—Me gustaría saber una cosa, aunque ya la presumo, May.

—Dime, ¿de qué se trata?

—Tengo la sospecha de que eres una mujer muy observadora. ¿Has visto aquí alguna vez a este tipo? —dijo Burr, a la vez que enseñaba la fotografía del profesor Vardan.

May dejó de sonreír en el acto.

—Eres un «poli» —exclamó.

Sin inmutarse en absoluto, Burr sacó un rollo de billetes y puso dos de diez sobre la mesa del reservado.

—¿Hacen esto los «polis»? —preguntó.

May acarició los billetes un instante.

—He visto al tipo —afirmó.

—¿Cuándo? ¿Estaba solo?

—Hará cosa de dos semanas, tal vez uno o dos días más. Es curioso; cuando entró, me pareció un... un...

—Un profeta —apuntó Burr, sonriendo.

—Sí, eso es, un profeta vestido con ropas actuales. Oye, le daba la luz de un farol por la espalda y me pareció como si llevase eso que llevan los santos en la cabeza...

—Aureola.

—Justamente, no encontraba la palabra exacta. Casi daban ganas de arrodillarse delante de él y pedirle la bendición.

Burr sonrió.

—¿Hablaste con él? —inquirió.

—No —contestó May—. Ni siquiera me atreví a acercarme para pedirle que me invitase a una copa, como hago con los demás.

—Comprendo. ¿Qué hizo ese hombre después de entrar aquí?

—Había otro que le esperaba, un tipo alto, delgado, de rostro cetrino y ojos muy negros. Parecía un extranjero. Lo que sí tuve la impresión es de que tenía al otro como hipnotizado. El moreno hablaba y el profeta escuchaba humildemente. Muy raro, porque debía ser al revés, ¿verdad?

—¿Supones que el tipo alto y moreno tenía ascendiente sobre el profeta?

—Yo diría que sí. Pero no pude verles mucho rato, a los cinco minutos, o quizá menos, el profeta buscó el teléfono, hizo una llamada y, al terminar, se fue con el otro.

—¿Se fueron en automóvil?

—Sí, uno de color gris, muy corriente. No me fijé en la matrícula.

Burr sonrió, a la vez que añadía un tercer billete. —Te lo has ganado, May— dijo.

Y se encaminó hacia la puerta.

—¡Cómo! ¿Te marchas? —exclamó ella, sorprendida. Burr dio media vuelta y la besó en una mejilla.

—Otro día volveré y te dedicaré toda la tarde —dijo. May suspiró.

—Lástima, me hubiese gustado...

Pero Burr no la escuchaba ya. Y ella, filosófica, recogió los billetes, después de doblarlos cuidadosamente.

* * *

Mientras el coche rodaba a marcha moderada por una de las principales arterias de Cratton Place, Burr hizo una llamada por medio del radioteléfono.

La voz del mayordomo sonó a poco en sus oídos.

—Avisé al señor Galton. Soy Burr —dijo el investigador.

—Bien, señor.

Galton acudió a la llamada medio minuto después.

—¿Burr?

—Sí. Usted es amigo del jefe de policía de Cratton Place, según me dijo.

—Sí, en efecto.

—Hable con él. Pídale información acerca de un tipo alto, delgado, moreno, de ojos muy negros, nariz aguileña y piel olivácea. Debe de andar por los cuarenta años. ¿Entendido?

—Sí, desde luego.

—Es muy urgente, Galton.

—Lo tendré en cuenta. Burr, ¿quién es ese tipo?

—Sólo puedo decirle que esperaba a Vardan en el Crazy Duck y que se lo llevó con él, después de que el profesor hablara con usted.

—Está bien.

Burr dejó el auricular en su sitio. Tras reflexionar unos instantes, volvió a usar el radioteléfono, para hacer una llamada a un conocido.

A los pocos momentos, oyó la voz de su amigo Ross Hankrum.

—Ross, soy Harv Burr —dijo—. ¿Puedes contestarme a unas preguntas? —consultó.

Hankrum rió.

—Si conozco las respuestas... Adelante, Harv.

—Se trata de un tal Vardan. Era director del Centro Privado de Investigaciones Avanzadas Galton, en Holsomby. ¿Qué puedes decirme de él?

Hankrum meditó irnos instantes.

—Yo no sé gran cosa, pero te recomendaré a un colega que sí parece conocer más datos del

C. P. I. A. G.

—contestó al cabo—. Se llama Harry Yeane y vive en el seiscientos diez de Bartley Road, en Holsomby. Dile que vas de mi parte; Yeane te atenderá con muchísimo placer, créeme.

—De acuerdo. Gracias, Ross. ¿Cómo está Carol?

—Perfectamente; esperando el tercero —rió Hankrum.

—Será vuestra explosión demográfica particular..., ¿verdad?

Burr colgó el auricular nuevamente. Consultó el reloj.

Había trescientos kilómetros a Holsomby. Ya no llegaría aquella noche a tiempo y no era cosa de sacar a Yeane de la cama.

Mejor sería pasar la noche en Cratton Place, decidió.

Regresó al Crazy Duck. Los ojos de May se iluminaron al verle.

—No creí que regresaras —dijo ella.

—Terminé el trabajo inesperadamente —contestó el investigador.

May sonrió de un modo peculiar.

—Estoy sola, Harvey —murmuró.

—En ese caso, ya tienes quien alivie tu soledad —dijo él, a la vez que la cogía por un brazo y la empujaba suavemente hacia la puerta de la calle.

* * *

El zumbador del radioteléfono sonó cuando Burr llevaba ya media hora de camino.

—Tengo noticias para usted —dijo Galton.

—Está bien, empiece.

—Se llama Shurod Sikhin. Súbdito norteamericano, aunque de origen hindú. Estuvo una semana en Cratton Place. Parece que quería dar una serie de conferencias sobre un futuro estado mundial, regido por hombres pacíficos. Como final, su jefe daría la última conferencia.

—¿Quién es su jefe? —preguntó Burr.

—Un tipo que se hace llamar Guru Majhaibar Missur, uno de esos santones que predicán la no violencia y demás zarandajas.

—¿Sabe dónde están ahora?

—No. Las conferencias no se celebraron, ignoro la causa, a pesar de que Sikhin había contratado ya el local y hecho la propaganda conveniente.

—Entiendo. Oiga, ¿por qué diablos fue Vardan a parar a Cratton Place?

—Tiene una residencia campestre a cuatro kilómetros de la población, en las colinas.

Solía ir allí todos los fines de semana.

—Está bien. Ahora voy a...

Burr se interrumpió de repente.

—¿Qué le pasa, Burr? —exclamó Galton, alarmado por el súbito silencio del investigador.

—Le llamaré más tarde. Creo que me siguen.

Burr dejó el auricular, a fin de concentrarse en el manejo del vehículo. El coche que le seguía era de color blanco, descapotable.

Con la mano derecha desplegó el mapa de carreteras, a la vez que reducía ligeramente la velocidad, para evitar un accidente. A los pocos momentos descubrió que había a cinco kilómetros un camino secundario para llegar a Holsomby, ahorrándose así unos treinta minutos de trayecto.

Dejó el mapa y pisó el acelerador a fondo. Lanzó una mirada por el retrovisor al coche que le perseguía.

«Bien —se dijo—, veremos si dentro de diez minutos puedes hacer lo mismo».

CAPÍTULO V

El coche rodaba a buena velocidad por el camino secundario, flanqueado de árboles en muchos puntos. Burr se dio cuenta de que estaba equivocado.

El automóvil perseguidor había desaparecido.

«Me estoy volviendo demasiado aprensivo», pensó.

De pronto, salió de la zona arbolada y se adentró en un trozo llano de considerable extensión, despejado casi por completo. La carretera tenía un trazado prácticamente recto en unos cuantos kilómetros.

El rugido de un motor atronó de repente sus oídos, haciéndole dar mi bote en el asiento. Un avión bimotor voló inesperadamente a diez metros del suelo y paralelamente a su dirección marcha. Burr observó que uno de los tripulantes —al menos eran dos— miraba insistentemente en su dirección con ayuda de un par de prismáticos.

El instinto le hizo sentirse receloso. Casi en el mismo momento, el avión rugió, a la vez que se elevaba raudamente, virando muy ceñido. Burr torció el gesto.

De pronto, se le ocurrió una idea. Divisó a trescientos metros delante de él un grupo de matorrales, fuera de la carretera, y paró el coche al hallarse situado a su altura. Luego agarró la metralleta que había capturado al supuesto atacante y unos segundos después se zambullía en los arbustos. A lo lejos, el bimotor viraba de nuevo.

Esperó. Los matorrales se hallaban a cien pasos del camino. Burr calculó que los tripulantes del avión verían el coche parado, pero no podían saber dónde estaba él.

Se oyó un rugido atronador; el bimotor descendía a toda velocidad. De repente, sonó un espeluznante chillido. Burr vio que surgía una columna de humo de una de las alas del avión. Un

segundo después, el cohete estalló fragorosamente junto a la carretera.

El avión pasó a veinte metros del suelo, atronando el espacio con el bramido de sus motores. Burr alzó la metralleta, pero contuvo sus deseos de disparar. Pero, fallado el blanco, Burr estaba seguro de que el piloto volvería a la carga.

Momentos después, vio venir al avión nuevamente. Esta vez, apuntó con todo cuidado. El tiro no era fácil, pero puso en el empeño toda su fuerza de voluntad.

Salió el cohete. Segundos después, Burr abrió el fuego.

«Lástima de balas trazadoras», pensó, mientras mantenía al avión en su campo de tiro.

Las balas del peine de la metralleta se acabaron, justo cuando sonaba una tremenda explosión. Burr volvió la cabeza y vio el coche que ardía.

El bimotor se remontó, pero, de súbito, a unos doscientos metros de altura, dio una voltereta completa sobre sí mismo. Luego viró de un modo absurdo y picó casi verticalmente hacia el suelo.

Burr sintió que se le ponían los pelos de punta. El avión iba a caer en las inmediaciones del lugar en que se hallaba.

Inmediatamente, echó a correr como un loco. De cuando en cuando, volvía la cabeza. Un bulto se había desprendido del aparato y caía volteando hacia el suelo. Burr pudo ver que el tripulante había intentado la maniobra de apertura del paracaídas, pero llegó al suelo antes de conseguir su objetivo.

El cuerpo humano se estrelló contra la tierra con sordo golpazo. Casi en el mismo instante, Burr percibió el tremendo estrépito del avión al estrellarse a veinte pasos de los matorrales.

Una enorme llamarada subió a lo alto, seguida de una espesísima columna de humo. Burr se había tendido en el suelo y permaneció allí durante algunos momentos, hasta que cesaron las explosiones.

Lentamente, se puso en pie. Ahora vendría la policía, se dijo.

Prudentemente, se acercó a los restos llameantes del avión y arrojó el arma al fuego.

Luego, dando un rodeo, se acercó al muerto.

De repente, oyó a lo lejos el rumor de un automóvil que se acercaba a toda velocidad.

El coche se paró cerca del otro vehículo incendiado. Una hermosa joven saltó al suelo en el acto.

Burr observó que Eunice tenía unas piernas preciosas. Ella vestía un ceñido *pullover* azul claro, de tejido muy liviano, y falda cortísima, completando el conjunto con unas botas altas, de piel blanca y medio tacón. Estupefacto, Burr se dio cuenta entonces de que el coche de Eunice era el que le había estado siguiendo antes, hasta que consiguió despistar a su conductora.

—¿Está bien? —preguntó ella ansiosamente, al llegar a su lado.

Burr señaló el humo de los incendios.

—Parece un campo de batalla, pero soy el único superviviente —contestó.

* * *

—Será mejor que nos vayamos —propuso Eunice—. No se ve a ningún policía de carreteras, pero el humo alcanza a gran distancia. Alguien vendrá a ver lo que pasa, a no tardar mucho.

—Es una buena idea —aprobó él—. Y de paso, me dirá por qué me está siguiendo.

—¿No se lo dijo Galton? —contestó Eunice.

—Sí, usted es la hija de Vardan.

Eunice se concentró en la conducción, a fin de evitar la proximidad con el coche que aún seguía ardiendo. A los pocos momentos, contestó:

—Sólo soy la hija en el aspecto legal, Harv.

—¡Oh! Hija adoptiva.

—Sí. El profesor me adoptó cuando yo sólo tenía cuatro años. Había sido un gran amigo de mis padres, los cuales murieron en un accidente.

—Pero le dio su apellido...

—Dijo que lo había creído más conveniente, a fin de zanjar inconvenientes legales en el futuro. La verdad, ¿qué importa el apellido?

—Es un punto de vista, en efecto —convino Burr, cortésmente—. Supongo que me sigue porque quiere encontrarlo.

—Sí. Le quiero mucho; es un hombre magnífico.

—Y un idealista.

—¿Cómo lo sabe?... —preguntó Eunice, sorprendida.

—Psé... Tengo cierta experiencia en conocer a las personas. ¿Qué hacía Vardan en el Centro Galton?

—No lo sé. Tengo entendido que se trata de trabajos secretos. Por otra parte, él nunca hablaba en casa de lo que hacía en su laboratorio.

—Pero usted teme por su suerte.

Eunice hizo un gesto de pesar.

—Es posible que le hayan secuestrado, a pesar de la llamada que dirigió a Galton. Pudo ser una llamada forzada, ¿no le parece?

—Es posible, aunque los informes que tengo yo contradicen su opinión, Eunice. ¿Conoce a Shurod Sikhin?

—No. ¿Quién es ese tipo?

—¿Qué me dice del Guru Majhaibar Missur?

Eunice se quedó repentinamente pensativa.

—Ese nombre me suena —dijo—. Creo habérselo oído a mi padre, pero no recuerdo ahora más detalles. ¿Quién es Missur?

—Probablemente, el fundador de alguna nueva religión. Es una especie que prolifera mucho en California. Pero tal vez es sincero.

—Hace ya tiempo que veía algo raro a mi padre —dijo la chica—. Una o dos veces le oí hablar de su trabajo; yo diría que hablaba consigo mismo...

—Lo que indica profundas preocupaciones —apuntó Burr.

—Justamente. Decía que lo que hacía no era ético, que iba en contra de no sé qué principios... También le oí mencionar la Gran Paz...

—Bien, no se preocupe, Eunice; en Holsomby encontraremos a alguien que nos dirá qué clase de trabajo hacía su padre en Galton. Y también encontraremos al Gura Missur; un tipo que anda predicando su religión por el mundo, no suele pasar desapercibido por ninguna parte.

* * *

Yeaney tenía el aspecto típico de intelectual en su fin de semana: *pullover* con cuello de pico, camisa abierta, pipa y gafas de gruesa montura de concha. Burr apreció que el hogar de Yeaney era sumamente confortable y acogedor.

Presentó a la muchacha y se presentó a sí mismo. Yeane y arqueó las cejas.

—No sabía que el profesor Vardan tuviese una hija —manifestó.

—En casa, no comentaba jamás su trabajo. Supongo que en el trabajo tampoco hablaría de su vida privada —sonrió Eunice.

—Eso debe de ser —convino Yeane y—. Y bien, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Tengo un amigo que también lo es suyo, señor Yeane y —declaró Burr—. Se llama Hankrum...

—Sí, es un buen amigo mío. Ha sido él quien les ha indicado que vinieran a verme, supongo.

—En efecto. Deseamos saber qué clase de trabajo realizaba el profesor Varaan en el Centro Galton.

Yeane y dejó de sonreír en el acto.

—Mi amistad con Hankrum, y consiguientemente con ustedes dos, no puede hacerme romper el pacto que firmé al entrar a trabajar en el Centro Galton. En el contrato se nos prohíbe específicamente hacer la menor declaración acerca de la índole de nuestros trabajos e investigaciones científicas en el Centro Galton. Repito que lo siento, pero es así.

Yeane y recitó su parrafada casi como si se la hubiera aprendido de memoria, pero no por ello era menos firme su acento. Burr comprendió que no conseguiría averiguar nada por aquella parte.

—Está bien, señor Yeane y; sentimos tantísimo haberle molestado —dijo. Burr y Eunice salieron a la calle.

—Pero hay un medio para averiguar lo que queremos saber —dijo él, mientras abría la puerta del coche.

—Harv, una vez oí hablar yo a mi padre algo respecto a física nuclear —manifestó la chica.

—¡Hum! —rezongó Burr—. Eso de física nuclear me huele mal, espantosamente mal, Eunice.

—Pero el Centro Galton no es suficientemente grande ni está dotado de todo lo necesario para fabricar una bomba atómica —alegó ella.

—¿Lo sabe usted a ciencia cierta?

Eunice se quedó aterrada. Luego, después de un hondo suspiro, contestó:

—Es cierto, no lo sé, Harv.

CAPÍTULO VI

El coche de Eunice estaba también provisto de radioteléfono. Burr marcó el distintivo de Galton y aguardó unos instantes.

Poco después, se oía la vez de Galton:

—Hable, Burr.

—Señor, estamos ya tras la pista de Vardan. Pero me convendría saber qué clase de trabajos realizaba en el Centro...

—¡No!

Burr dio un salto en el asiento.

—Señor Galton.

—Óigame bien, Burr. Yo le he contratado a usted para que encuentre al profesor Vardan y me lo traiga a mi residencia del lago. Cuando lo haya conseguido, le pagaré cien mil dólares, tal como hemos acordado. Pero eso no significa que yo deba informarle a usted sobre las actividades de Vardan en el Centro. ¿Entendido?

—Entendido, señor. Sin embargo, cualquiera diría que son unas actividades delictivas, cuando usted no quiere...

—Burr, ¿ha oído hablar del secreto profesional?

—Usted me eligió a mí para encontrar a Vardan. Lo hizo mediante los informes que le habían proporcionado. ¿No hablaban esos informes de mi absoluta lealtad a la persona que me contrata?

—Eso no tiene nada que ver con el asunto que estamos discutiendo.

Burr lanzó un bufido.

—Está bien —contestó—. Al menos, hágame un favor; usted tiene amistades e influencia para conseguirlo.

—Lo intentaré. ¿De qué se trata?

—Haga que alguien averigüe el paradero de un tal Missur. Su nombre completo es Guru Majhaibar Missur.

—¿Quién es ese tipo? ¿Algún extranjero chiflado?

—Yo no sé si está chiflado o no, pero mucho me temo que, en caso afirmativo, haya contagiado de su chifladura al profesor Vardan. Averígüelo.

—Conforme.

Ya no hubo más. Burr colgó el aparato y se volvió sonriendo hacia la chica.

—Galton tiene un genio de todos los demonios —comentó.

—Sí, es muy impulsivo —reconoció Eunice.

—¿Qué hacía usted en su casa del lago?

—Nos había invitado a mi padre y a mí a pasar unas cortas vacaciones. El lugar me encantó, se lo aseguro. Un día, mi padre desapareció. Después recibimos su llamada desde Cratton Place. Yo me quedé allí, por sugerencia de Galton.

—Su padre no se iría nadando de la isla, supongo.

—No, empleó un bote de remos. Lo encontramos a las pocas horas. Burr puso el motor en marcha.

—Y Galton le ha dejado también un coche con radioteléfono —dijo.

Eunice sonrió.

—Empleé una excusa muy lógica: le dije que tenía que recoger algunas prendas de mi casa —explicó.

El automóvil aceleraba por segundos.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Hay un aeropuerto privado no lejos de Holsomby —respondió Burr—. Quizá allí nos digan algo acerca del bimotor que me atacó con cohetes.

* * *

—Sí —contestó el director del aeropuerto—, ya tengo noticias de que ese avión se ha estrellado. El piloto, Mike Poulson, era un loco que se creía aún en Vietnam, ametrallando a los guerrilleros. Pero, de todas formas, sólo traía aquí el avión para las revisiones reglamentarias.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Burr.

—Usted puede tener garaje en su casa, pero tiene que llevar el coche a la gasolinera o al taller, si quiere repostar o necesita que se

lo reparen, ¿no es verdad? Pues lo mismo sucedía con Poulson.

—Creo que comprendo. Poulson tenía su propio aeropuerto.

—Exactamente. Sin embargo, no sé exactamente dónde está. Tengo idea de un lugar a unos cincuenta kilómetros hacia el nordeste.

Burr torció el gesto.

—Eso queda por el desierto de Mohave, o poco menos —dijo.

—Sí, desde luego.

—Una pregunta más —solicitó Burr—. ¿Conocía usted al tipo que se estrelló con Poulson en el avión?

—No tengo la menor idea de quién pueda ser. Poulson tenía amigos, es cierto, pero en los últimos años, cada vez que traía el avión a revisión o a repostar, venía solo.

—La frontera está demasiado cerca. Si Poulson no se dedicaba al contrabando, es que yo soy lama budista —rezongó el joven.

Momentos después, se ponían en marcha nuevamente. Eunice, con el mapa de carreteras en la mano, orientó a Burr.

—Harv, usted tiene una lista de amigos de mi padre —dijo la muchacha—. ¿Por qué no empieza las entrevistas? ¿Cree que es más interesante conocer datos de Poulson?

—Muchacha, en la isla de Galton quisieron matarme con ametralladoras y dinamita. Un avión me bombardeó con cohetes. Alguien está empeñado en que no aparezca tu padre. ¿No le parece que es mejor quitar los obstáculos para llegar hasta él ya sin dificultades?

—Ésa es una metáfora harto controvertible —declaró la muchacha—. Si llega a mi padre...

—... Es que los obstáculos han desaparecido ya.

Eunice juzgó conveniente no insistir sobre el particular. En cierto modo, Burr tenía razón.

—Pero alguno de los vigilantes de la isla traicionaba al señor Galton —exclamó de repente.

—Conocemos la identidad de uno: Wolanski. Pero es más interesante conocer la identidad de quien le ordenó eliminarme. Y tenga en cuenta que ese tipo dispone de más secuaces en la isla.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo supo él que yo estaba vivo y cómo averiguó la clave que usaba, para seguirme y atacarme con cohetes?

Eunice alargó la mano hacia el radioteléfono.

—Avisaré a Galton...

—No se moleste, ya lo he hecho yo.

Media hora más tarde, avistaban el desierto. Había una gasolinera en las inmediaciones y Burr aconsejó a la joven que adoptase una actitud doliente y afligida.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Hágalo —contestó Burr lacónicamente.

Eunice quedó en el coche, mientras Burr hablaba con el empleado de la estación de servicio. De cuando en cuando, Eunice se llevaba el pañuelo a los ojos.

Minutos después, con el tanque lleno, Burr ponía el coche nuevamente en movimiento.

—Me ha costado diez dólares de propina y una mentira, pero ha valido la pena —dijo sonriendo alegremente.

—¿Cuál es la mentira?

—Usted era la prometida de Poulson y va a recoger sus efectos personales. El empleado me ha encargado le presente sus más sinceras condolencias. Pero también me ha dado valiosas indicaciones para encontrar el aeródromo privado de un contrabandista muerto.

* * *

Burr remontó el último tramo de la pendiente que serpenteaba entre las peladas colinas a escasa velocidad. Al llegar cerca de la cota más alta, paró el coche y saltó al suelo, con unos prismáticos.

Avanzó cincuenta o sesenta pasos. De pronto, vio al otro lado un valle árido y desértico. Al fondo, a unos dos kilómetros y medio, se veían algunos barracones, uno de ellos con inequívoco aspecto de hangar para albergar aeroplanos.

—Bien, ahí está el aeropuerto privado de Poulson... —dijo.

Eunice estaba a su lado. El viento soplaba muy suavemente. Por medio de los gemelos, Burr pudo ver un trozo llano en el vallecito.

—Por ahora no hay nadie —dijo, pasados unos minutos—. ¿Echamos un vistazo?

—¿Cree que encontrará algo?

—Vale la pena intentarlo, creo yo. Es obvio que Poulson y su

copiloto despegaron de aquí para atacarme, después de recibir la orden de hacerlo. Quizá encontremos alguna indicación acerca del individuo que lo ordenó.

Eunice reconoció la justicia de los argumentos del joven. Volvieron al coche y empezaron el descenso por la pendiente que conducía al valle.

En el camino de tierra por el que circulaban, descubrieron huellas de otros vehículos.

Cinco minutos más tarde, Burr detuvo el coche frente a un barracón destinado evidentemente al alojamiento de personas.

Saltó al suelo y se desabrochó la chaqueta, para tener Ubre acceso al revólver que llevaba en la funda sujeta a su cinturón. Luego lanzó un grito:

—¡Eh! ¿Quién anda por ahí?

No hubo otra respuesta que el silencio.

Burr abrió la puerta del barracón. Vió una cocina con los cacharros sucios y luego un dormitorio con dos literas desordenadas.

Había también un despacho, pero los papeles eran más bien escasos. Burr los leyó pacientemente.

Eunice, por su parte, estaba revisando un archivador metálico. Los dos primeros cajones estaban vacíos.

Intentó abrir el tercero, pero se resistió. Tiró del asa con fuerza y, de repente, sonó un chasquido y el mueble giró silenciosamente a un lado.

—¡Harv! —chilló.

Burr se volvió en el acto. Casi se echó a reír al divisar la flamante emisora de radio, hábilmente escondida por la masa del archivador.

—Poulson no era tonto —dijo—. Seguramente, por medio de esta emisora recibió la orden de salir a interceptarme.

—¿No podríamos hablar con el que le dio esa orden? —sugirió la muchacha.

—¿Para qué? A estas horas, él ya sabe que Poulson ha fracasado. Vamos a revisar el resto de las instalaciones.

Salieron del barracón y se dirigieron al cobertizo, en el que entraron por una puerta lateral. El edificio era lo suficientemente amplio para contener otro avión, un fino biplano de modelo ya

anticuado y con capacidad para dos personas. Debajo del ala inferior, Burr divisó unas rejillas que le llenaron de perplejidad.

De pronto, divisó algo que hizo brillar sus ojos.

Sobre unos caballetes, vio una docena de tubos, largos, terminados en punta por un extremo y con aletas estabilizadoras en el otro. Entonces, al ver los cohetes, comprendió la utilidad de las rejillas del avión.

Trepó al ala posterior. Parte del capó estaba levantado y pudo divisar las dos ametralladoras allí instaladas, con su dotación de cartuchos.

—A este Poulson le gustaba hacer la guerra por su cuenta —dijo—. ¡Cómo me gustaría volar en este avión! —añadió melancólicamente.

—¿Sabe pilotar? —preguntó Eunice.

Burr asintió con una leve sonrisa.

—Poulson era un hábil mecánico, además. Estoy seguro de que, para mayor facilidad, instaló en este aparato arranque automático.

—Bueno, ¿y por qué no nos damos una vueltecita? —propuso ella.

Burr vaciló. La tentación era muy fuerte.

De pronto, divisó sobre otra mesa un par de tubos y unas granadas de forma peculiar.

—Este tipo no se privaba de nada; tenía hasta lanzagranadas antitanques —dijo.

—¿De dónde sacaba tanto armamento, Harv?

Burr no pudo contestar. El ruido de un motor que se acercaba rápidamente al hangar, le hizo sentir una súbita alarma.

CAPÍTULO VII

Corrió hacia la puertecita. El coche llegaba ya a las instalaciones. Al detenerse, dos hombres saltaron al suelo y se dirigieron al barracón.

A uno de ellos le reconoció Burr sin haberle visto nunca. Era Shurod Sikhin. De pronto, el hombre que iba con Sikhin alargó la mano y tiró del brazo de éste, a la vez que le señalaba la puerta lateral del hangar.

La reacción de Sikhin fue instantánea. Sacó una pistola y empezó a tiros.

El primer proyectil pegó en un tirante metálico y se alejó, rebotando con aullido estremecedor. Burr maldijo, a la vez que sacaba su revólver. El corto cañón del arma no le permitiría alcanzar a sus adversarios, provistos, además, de pistolas automáticas de calibre 45.

Sikhin y el otro hicieron una docena de disparos. Luego corrieron hacia el automóvil y, tras montar en él, partieron a toda velocidad.

—¡Se escapan! —gritó la muchacha.

Perplejo, Burr se dio cuenta de que el vehículo arrancaba en dirección norte. A su lado, Eunice lanzó una exclamación de rabia:

—¡Han deshinchado las ruedas delanteras!

Burr comprendió que Sikhin había aprovechado el momento en que se escondían para disparar contra las ruedas. Sin duda Sikhin había pensado que era el mejor medio de evitar la persecución.

—Aún podemos alcanzarles —dijo—. Ven, Eunice.

Tiró de ella y la hizo subir al avión, sujetándola al asiento con los atalajes. Luego pasó a la cabina del piloto y puso el motor en marcha.

Mientras se calentaba, saltó al suelo nuevamente. Abrió un

vestidor y halló dos cascos de vuelo con gafas. Había incluso, paracaídas, pero no podía perder tiempo en ponérselo.

Luego abrió las grandes puertas del hangar. Regresó al biplano, trepó a la cabina y entregó un casco a la muchacha. Se sujetó con los atalajes de seguridad y dio un par de tirones a la palanca de gas.

El motor respondió. Burr vio que los tanques estaban a tope. Dio un poco más de gas y el aparato empezó a rodar.

A noventa kilómetros por hora, se levantó la cola del avión. Cuando alcanzó los ciento treinta, tiró levemente hacia sí de la palanca y el aparato se separó del suelo.

Burr buscó alcanzar una mayor velocidad. Sobre las colinas, metió el pie derecho y tiró de la palanca hacia la izquierda y un poco hacia atrás. El biplano inició un viraje suavemente ascendente de ciento ochenta grados.

En pocos momentos llegaron a cuatrocientos metros de altura. Burr dio más gas; el velocímetro indicó muy pronto ciento sesenta millas: unos doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Bajo ellos, el suelo era relativamente llano, pero, con gran asombro, Burr no halló el menor rastro del coche de Sikhin.

—Es imposible que hayan ido tan lejos —masculló.

El suelo era llano, pero no tanto como para permitir velocidades de autopista. Y no había escondites a la vista, como para permitir la ocultación de un objeto tan grande como un coche.

Resignado, Burr se dispuso a virar en redondo para regresar al aeródromo. Habían dado unas cuantas vueltas sobre aquellos parajes, sin encontrar el menor rastro del automóvil perseguido.

—Está bien, nos vamos —dijo, pero, naturalmente, Eunice no le oyó, debido al estruendo del motor.

De repente, sintió que le tocaban en el hombro. Se volvió. Eunice, con la mano, le señalaba un punto situado en las alturas.

Burr elevó la cabeza. La sangre se le heló en las venas al divisar al avión que, como un halcón, se lanzaba sobre ellos a más de quinientos kilómetros por hora.

* * *

Burr quitó el seguro de las ametralladoras. No sabía de dónde había salido aquel aparato, pero las intenciones del piloto se

adivinaban.

Por medio del retrovisor, aguantando mucho los nervios, voló en línea recta durante unos instantes. Luego, de modo súbito, ejecutó un giro hacia la derecha, a la vez que hundía el morro del avión.

Una masa oscura pasó rugiendo por encima de ellos. Burr y Eunice pudieron escuchar el furioso crepitar de unas ametralladoras. Pero, casi en el mismo instante, Burr enderezó en sentido inverso y levantó el morro en un ángulo superior a los 45 grados.

El avión atacante iba a pasar por delante de su visor. Burr presionó el disparador. Eunice creyó que iba a ensordecer cuando las dos ametralladoras soltaron un torrente de fuego. La ráfaga duró contados segundos. La maniobra había resultado forzosísima y el avión entró en pérdida.

Durante los momentos que siguieron, Burr tuvo que dedicarse a estabilizar el aeroplano, consiguiéndolo a cincuenta metros escasos del suelo. Eunice tenía los ojos cerrados; ya se veía estrellada contra el suelo. Pero Burr, ya más tranquilo, pudo apreciar que sus disparos habían causado algunos desperfectos al avión atacante.

Tratábase de un antiguo monoplano de caza. El piloto parecía hallarse en dificultades.

Burr siguió al avión a corta distancia. De repente, el aparato picó de morro. La distancia al suelo era ya muy escasa. Hubo un enorme fogonazo y luego una gran columna de humo se elevó del suelo.

Burr hizo que el biplano describiese una gran curva. De repente, vio algo diferente en la ladera de una colina pelada.

Un coche salió de aquel lugar a toda velocidad. Burr se dio cuenta de que el avión de caza había estado escondido en un cobertizo de lona, habilísimamente construido y enmascarado de tal forma, que llegaba a confundirse perfectamente con la topografía del terreno circundante.

Inmediatamente, como un águila, se lanzó sobre el coche fugitivo. Pero cuando ya lo tenía a tiro, fallaron las ametralladoras.

Burr hizo un par de intentos más. No había solución. Las máquinas estaban encasquilladas.

—Voy a aterrizar aquí —gritó.

Las ruedas del biplano se posaron a poco en el suelo. Burr lo

orientó hacia el hangar de lona y cortó el contacto a veinte metros escasos.

Saltó al suelo. Eunice le imitó, pero, apenas lo había hecho, tuvo que apoyarse en el fuselaje.

—Todo me da vueltas... —dijo laciamente.

Burr sonrió.

—Es lógico. Nunca había sido protagonista en un combate entre aviones armados, ¿verdad?

—Hubo un momento en que me vi estrellándome...

Burr ya no contestó. Estaba en el cobertizo, examinándolo todo, pero no pudo ver otra cosa que unos cuantos bidones de combustible y varias cajas de municiones.

Salió afuera. Eunice parecía sentirse mejor.

—El otro aeródromo debía de ser más o menos legal —dijo Burr—. Aquí escondían el avión de caza.

—Pero ¿qué objeto tiene todo esto? —preguntó ella, perpleja.

—Poulson era contrabandista y, seguramente, un tipo sin escrúpulos. Es de suponer que quien le contrató fuese otro sujeto de la misma calaña.

—¿Sikhin?

—Tengo la impresión de que Sikhin es solamente un subordinado distinguido, una especie de factótum de confianza. Sería preciso hablar con él, para conocer el nombre de la persona a quien obedece.

—Pero ¿cree que hablaría?

Burr sonrió.

—Deje que le ponga la mano encima y le aseguro que hablará más que un candidato a presidente en vísperas de elecciones —contestó.

—Harv... —llamó Eunice.

Burr volvió la cabeza.

—¿Sucedé algo ahora? —preguntó.

—Tenemos un coche con dos ruedas sin aire. Estamos inmovilizados...

—Hay una solución —dijo él—. Volaremos sobre la estación de servicio y lanzaremos un mensaje, bien envuelto en billetes, para que nos lleven allí un par de ruedas nuevas...

CAPÍTULO VIII

Los nudillos de Burr tocaron en la puerta del cuarto de Eunice, en el motel elegido para pasar la noche.

—¡Arriba, perezosa, es hora de trabajar!

Eunice se desperezó voluptuosamente en la cama.

—¿Tan pronto, Harv? —se quejó.

—Son ya las ocho y media. Craig Sutherland nos espera, preciosa.

Eunice se sentó de golpe en la cama.

—Harv, acabo de oír ese nombre por primera vez en mi vida —gritó.

—Bueno, bueno, la ducha está incluida en la factura del motel, así que empiece a hacer gasto y no se entretenga más.

Se reunieron en el restaurante del motel. Mientras desayunaban, Eunice insistió en que jamás había oído el nombre de Sutherland.

Burr sacó un papel del bolsillo.

—Galton me dio esta lista. Ese nombre figura en ella y todos, según Galton, son amigos de su padre —declaró.

—Es probable —convino la joven—. No obstante, es preciso tener en cuenta que yo permanecía ausente de casa durante largas temporadas, por razón de mis estudios. Mi padre, por otra parte, no asistía a fiestas, de modo que, cuando yo me reunía con alguien, lo hacía con gente de mi edad.

—Lástima no haberla conocido antes —sonrió él.

Eunice apoyó la barbilla en una mano y le miró fijamente.

—¿Qué me habría dicho, en tal caso? —preguntó.

—¿Quiere usted ser mi esposa?

—No.

—Es lo que me hubiera contestado entonces, ¿verdad?

—Y ahora también, Harv.

—No se lo he preguntado, pero, dígame, ¿está enamorada?

—¿Se enfadaría por una respuesta afirmativa?

—Pero, niña, a su edad y con esa cara, esos ojos y ese tipo, sería lo más lógico. ¿Quién es él, hablando tópicamente, afortunado mortal?

—No existe, Harv —contestó ella—. Por ahora no tengo ganas de complicaciones sentimentales.

—A causa de un fracaso anterior.

Ella dio un salto en la silla.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Tiene usted de veintidós a veinticinco años. A esa edad, toda mujer medianamente atractiva ha estado enamorada, al menos, una vez.

—Es cierto —confirmó Eunice, con voz opaca—. Me enamoré y...

—¿Y...?

—Estaba casado.

—Mujer, ése es un inconveniente que se puede solucionar legalmente.

—No cuando el hombre tiene tres esposas, Harv.

—¿Era de religión musulmana?

—Era un vividor. Ahora está en la cárcel.

Burr consultó su reloj.

—Siento muchísimo su fracaso sentimental, Eunice, pero se nos hace ya tarde —dijo. Abandonaron el motel. Sutherland vivía a ciento veinte kilómetros de Holsomby, por cuya localidad pasaron a mediodía.

A las tres de la tarde, avistaron la residencia de Sutherland.

Era una casa moderna, aunque no lujosa, con un pequeño jardín a su alrededor, situada en los alrededores de Ventura. Burr paró el automóvil y saltó al suelo.

Llegaron al edificio. Nadie contestó a su llamada.

De pronto, Burr creyó oír un ruido monótono, muy bajo, ronroneante.

—Ese ruido...

—Viene del garaje de la casa —indicó Eunice.

La pieza señalada estaba adosada al edificio en uno de sus

laterales. Burr pegó el oído a la puerta y confirmó la existencia del ruido.

—Harv, ¿por qué se dejaría Sutherland el motor en marcha?

De repente, Burr sintió que se le ponían los pelos de punta.

El garaje tenía dos ventanas. Burr vio un rastrillo y rompió los cristales. Un olor a gasolina quemada brotó de las aberturas.

Sutherland estaba sentado en su coche, con la cabeza apoyada en el respaldo. Los gases procedentes de la combustión inundaban el recinto.

Burr se volvió hacia la muchacha.

—¡Avisa a la policía! —gritó.

Las ventanas del garaje eran demasiado pequeñas para pasar con comodidad. Burr divisó una puertecita en el lado opuesto y supuso que daba a la casa.

Tuvo que forzar otra ventana del edificio y buscar la puerta de comunicación con el garaje, cuya cerradura hizo saltar de un puntapié. Tapándose la nariz con un pañuelo, corrió al coche y cerró el encendido.

Después, manejó el mando de apertura de la puerta levadiza. Casi asfixiado, salió al exterior y salió tambaleándose al césped.

Un patrullero de la policía puso en su cara la máscara de oxígeno de su equipo de socorro. Burr se sintió volver a la vida.

El otro agente entró en el garaje, cuya atmósfera se había aclarado casi por completo. Muy pronto volvió a salir.

—Asesinato —dijo sucintamente—. Golpe en la cabeza, pérdida del conocimiento, motor en marcha y huecos cerrados. Hace ya un cuarto de hora, por lo menos, que Craig Sutherland ha muerto.

* * *

—Yo sabía que Sutherland era amigo de mi padre. Fui a verle, acompañada de un detective al que había contratado el señor Burr —declaró la muchacha—. No, ¿por qué iba a avisar a la policía? Mi padre tenía ciertas rarezas y a veces se ausentaba de casa sin avisar. —Eunice mentía así por indicación de Burr—. Creí sinceramente que Sutherland podría indicarme algo.

El teniente Robles asintió. Luego se encaró con Burr, quien contó una historia más o menos parecida a la de la muchacha.

—No, ¿cómo diablos voy a saber yo quién asesinó a Sutherland? —contestó a las preguntas del oficial de policía—. Ni siquiera; le conocía, jamás le había visto en mi vida. Lo único que puedo decirle es que siento terriblemente no haber llegado un cuarto de hora antes.

Burr era sincero, sobre todo, en sus últimas frases. Sutherland había muerto porque sabía demasiado.

Finalmente, quedaron libres.

Cuando volvieron al coche, Burr vio que la señal de llamada del radioteléfono sonaba insistentemente.

Levantó el aparato. La voz de Galton sonó en el acto, colérica:

—¡Burr! ¿Dónde diablos se ha metido? Hace una hora que le estoy llamando...

—Estaba ocupado, señor. Usted me dio una lista de amigos del profesor Vardan. El primero de esa lista era Craig Sutherland. Lo han asesinado.

Galton resopló ruidosamente.

—¡Demonios! Esto se complica —barbotó.

—Está complicado desde el primer momento —dijo Burr—. Y le convendría una nueva y más profunda investigación sobre su personal.

—Investigaré, se lo prometo. Ahora, escuche la noticia: ya conozco la residencia de Missur.

—Eso es estupendo. ¿Dónde vive ese pajarraco?

—A dos kilómetros al este de San Onofre. Es una casa de campo con un título muy rimbombante: Zona de Paz Infinita.

—Missur es un guasón —calificó Burr duramente—. ¿Eso es todo?

El joven pareció captar una vacilación en su interlocutor.

—Vamos, hable —le apremió.

—Ahora, no —gruñó Galton—. Vaya a ver a ese embaucador y arránquele el pellejo si hace falta para averiguar el paradero de Vardan.

—Muy bien, pronto tendrá noticias mías —contestó Burr.

Colgó el aparato y se volvió hacia Eunice.

—La verdad es que soy un optimista —dijo—. Tenemos que ir a San Onofre y son más de trescientos kilómetros.

—Hay autopistas, Harv —indicó ella.

—Lo sé. Pero la muerte de Sutherland nos ha entretenido mucho. Tengo la impresión de que habremos de acampar en algún motel a mitad de camino.

—¿Teme llegar de noche?

—Temo llegar fatigado —dijo Burr, a la vez que hacía girar la llave de contacto—. Y si hay que liarse a mamporros, será preciso encontrarse bien descansado y en plena forma. Aparte de ello, no conozco el lugar donde hemos de actuar y no me gustaría encontrarme con alguna trampa.

El automóvil se puso en marcha. Eunice tenía la cabeza reclinada en el respaldo.

—Harv, ¿por qué mataron a Sutherland? —preguntó de súbito.

—Tal vez porque sabía el paradero del profesor.

—Galton le dio una lista con cuatro o cinco nombres. ¿Van a matar también a los otros?

—No lo creo. Es probable que se contenten con la muerte de Sutherland.

—¿Qué le hace pensar una cosa así, Harv?

—El instinto. Suele engañarme muy pocas veces. Quizá fue una especie de advertencia para nosotros.

—¡Caramba, pero si no hacemos más que recibir avisos! —se escandalizó Eunice—. Han intentado matarle varias veces, le han bombardeado, un avión de caza intentó derribarnos...

—Quizá existían otros motivos —respondió él.

Eunice calló unos momentos. Luego, Burr hizo una pregunta:

—¿Eran muy amigos el profesor y Sutherland?

—Harv, ¿no le he dicho ya que nunca había oído el nombre de ese pobre sujeto?

Burr apretó los labios.

—Estoy firmemente persuadido de ello, Eunice.

—Y, en tal caso, ¿por qué secuestraron a mi padre?

—Quizá no le secuestraron; simplemente, se limitaron a convencerle de que debía ir con ellos. Pero hay algo que me llama la atención. Me refiero, por supuesto, a los conocimientos científicos del profesor Vardan, relacionados, como usted sabe, con la energía nuclear.

—Sí, es cierto —suspiró la muchacha—. ¡Cómo me gustaría saber lo que está haciendo ahora mi padre! —añadió con voz llena

de aprensión.

CAPÍTULO IX

En aquellos momentos, el profesor Vardan estaba sentado ante una mesa, sobre la que había un aparato de televisión de circuito cerrado.

Por medio de unas pinzas, movidas por control remoto, estaba reuniendo ciertas piezas situadas en una estancia contigua. El trabajo era lento debido a que se trataba de mecanismos muy delicados. Dos de las piezas eran semiesféricas, como las dos partes de una pelota partida por la mitad.

Las caras planas estaban absolutamente pulidas. El color de las semiesferas era gris oscuro, plumizo, con leves destellos verdosos. A su derecha, el profesor tenía la esfera indicadora de un contador Geiger.

Un hombre entró de pronto en la estancia. Era alto, delgado, de rostro oliváceo y ojos enigmáticos. Usaba bigote y barba, muy recortados.

Lucía un turbante de color verde, con rayas muy delgadas rojas y amarillas. En el frontis del turbante se apreciaba un ópalo grande como el puño, adorno de una joya que sostenía un pequeño penacho de plumas finísimas.

El individuo se detuvo junto a la mesa del profesor y unió ambas manos, a la vez que hacía una leve inclinación.

—Saludo al gran artífice de la paz —dijo.

—No me moleste ahora —gruñó Vardan—. Estoy muy ocupado.

Missur contuvo un gesto de cólera, pero dominándose, esbozó una sonrisa.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Vardan se echó hacia atrás en su asiento.

—Hable, Guru.

—Que la Gran Paz descienda sobre tu espíritu —dijo Missur—. Sólo querría saber cuándo estará terminado el artefacto.

—Hoy mismo, a la noche.

—¿Funcionará?

Vardan soltó una risita.

—No soy un destripaterrones —contestó—. Funcionará, Guru.

—Tu contribución a la Gran Paz será infinita. Galton dejará de fabricar esa arma perniciosa que está envenenando al mundo.

—Esperemos que sea así —dudó Vardan.

—¿No crees en ti mismo?

—En quien no creo demasiado es en Galton; es terriblemente obstinado, y no será fácil que ceda...

—Deja ese problema de mi cuenta, amigo mío. Tu trabajo es muy distinto... Aunque, dime, ¿no resultará peligroso su transporte?

—Oh, no, en absoluto. El mecanismo de relojería estará graduado para funcionar dentro de siete días exactamente. Antes de éste, tiempo nada le haría estallar. —Me tranquilizas, buen amigo. Tengo la absoluta seguridad de que cuando todo haya terminado, habrás alcanzado definitivamente la Gran Paz.

Vardan asintió. Pero, si hubiese visto la sonrisa que aparecía en los labios de Missur, su forma de pensar sobre el sujeto habría cambiado.

—Por cierto —dijo Vardan—, ¿quién se encargará de...?

—Deja eso de mi cuenta, fiel amigo. Tengo un leal y abnegado colaborador que se ocupará del transporte del aparato hasta su destino definitivo.

—Está bien. —Vardan se frotó las manos—. Ahora, por favor, déjeme; he de continuar, para tener listo el aparato antes de que amanezca.

Missur salió. Sikhin aguardaba en la estancia contigua.

—¿Y bien? —dijo Sikhin.

—Mañana al amanecer. Tú te encargarás del transporte. Ya tienes toda la documentación lista. No habrá obstáculos para tu entrada en la fábrica.

Sikhin sonrió.

—De acuerdo. Sólo espero que ese maldito detective no vuelva a ponernos más obstáculos en el camino —dijo.

—No habrá obstáculos, Shurod —aseguró Missur rotundamente.

A la mañana siguiente, Burr y Eunice se dispusieron a reemprender la marcha.

Llevaban pocos kilómetros de camino cuando se oyó la llamada del radioteléfono. Burr dio el contacto.

—¿Galton? —dijo.

—Sí. Escuche, ayer no le conté todo lo que ha ocurrido después de su marcha —manifestó el financiero.

—Ya me parecía a mí —dijo Burr con sorna—. Hable, hombre. Si me contrató para que le resolviera este conflicto, ¿por qué no es franco de una maldita vez?

—Bueno, es que... La verdad es que no me agrada confesarlo. Harv, creo que estoy siendo objeto de un chantaje.

—Y Vardan es el chantajista.

Eunice se irguió en su asiento. Por medio del supletorio, escuchaba perfectamente el diálogo que se desarrollaba entre los dos hombres.

—¡Mi padre no es un chantajista! —protestó.

Burr le hizo señas de que callase.

—Siga, señor Galton —indicó.

—Ayer recibí una carta —declaró el aludido—. Le voy a leer su contenido: «Por el bien del mundo, cierre su fábrica y de por concluidas las investigaciones que allí se realizan.

Recibirá nuevas instrucciones para obedecer esta orden». Eso es todo, Burr.

—Oiga, ahí no se habla de dinero...

—Olfateo a los chantajistas a mil kilómetros de distancia. No es la primera vez que tratan de sacarme dinero mediante la extorsión. El chantajista que ha intentado meterse conmigo ha aprendido, a su costa, que cometió un error. Como les ocurrirá ahora a los que tienen a Vardan en su poder.

—Ah, usted supone que lo secuestraron para pedir un rescate.

—Seguro, Burr.

—Bien, pudiera ser como dice. Avíseme en cuanto tenga más noticias.

—O. K.

Terminado el diálogo, Burr se volvió hacia la joven:

—No tema... Rescataremos a su padre.

—Este asunto me intriga mucho, Harv —confesó Eunice—. No puedo creer que mi padre se haya convertido en un chantajista.

—¿De veras?

—La carta habla del cierre de la fábrica. Es muy probable que los sentimientos de mi padre sean sinceros. Seguramente, están construyendo algún arma nueva y él se ha sentido horrorizado de contribuir.

Burr hizo una mueca.

—Vardan es un físico nuclear de alta reputación —replicó—. Ya hace tiempo que debiera haber cambiado de opinión. —Quizá esa mutación se debe a Missur...

—No me fío de todos esos profetas que van proclamando la Gran Paz por el mundo. En el caso de Missur, si él quiere la paz, ¿por qué emplea ametralladoras, cohetes y aviones armados?

—Pero...

—Eunice, desengáñese. El que habla de una cosa, debe predicar con el ejemplo. Clamar por la Gran Paz y la no violencia a base de romper la cabeza al prójimo a garrotazo limpio, es algo absurdamente contradictorio que abona de lleno las sospechas de Galton.

Eunice se hundió en el asiento, perpleja y en parte convencida por los argumentos de Burr.

* * *

La maleta pesaba bastante, pero Sikhin no era precisamente un alfeñique.

—No te olvides de la carta —recomendó Missur.

—La echaré al correo en el primer buzón que me encuentre al paso —contestó Sikhin.

Levantó la maleta.

—Bah, sólo son veinte kilos —dijo desdeñosamente—. Por cierto, ¿qué va a pasar con el profesor?

La perversa sonrisa de Missur se acentuó.

—Desaparecerá —contestó.

Sikhin hizo un saludo con la mano.

—¡Suerte, compadre!

—Lo mismo digo.

Sikhin giró sobre sus talones y se dirigió hacia el exterior de la residencia, en donde tenía el automóvil preparado.

Cuando el vehículo hubo desaparecido de su vista, Missur contorneó el edificio y se dirigió a un lugar situado entre los árboles, a cuarenta pasos de la casa. Allí, cubierta con ramajes, había una fosa de dos metros de largo, por uno de ancho y uno y medio de profundidad.

La sepultura había sido revestida de cemento. Junto al borde se divisaban dos grandes recipientes llenos de líquido, los cuales desaguaban en la fosa por medio de sendos tubos de vidrio, de unos tres centímetros de grueso.

Los recipientes eran asimismo de cristal reforzado. Missur abrió los dos grifos.

El líquido de los grandes barriles empezó a caer en la fosa. Despedía vapores irritantes. Missur escapó de aquel lugar a la carrera.

Luego entró en la casa. Agotado por su trabajo, Vardan dormía profundamente y no se enteró de la presencia del falso profeta en su cuarto.

Missur prolongó el sueño de Vardan por medio de un pulverizador, cargado con gas narcótico.

Era lo más adecuado. Missur no quería dejar posibles huellas que más tarde fuesen halladas por la policía, en una posible investigación.

El ácido sulfúrico resultaría mucho más efectivo para hacer desaparecer definitivamente al profesor Vardan.

CAPÍTULO X

—Bien —dijo Burr, mientras cortaba el contacto—, ahí está la morada del Gran Embaucador.

Saltó al suelo y contempló un encantador panorama de árboles y plantas en abundante profusión. La casa se entreveía a través de los árboles. Era de estilo un tanto anticuado. Probablemente, había pertenecido a algún millonario que la había hecho edificar cuarenta o cincuenta años atrás.

La verja que contorneaba el parque estaba cerrada. Burr la abrió por medio de una ganzúa.

—Paso libre —dijo.

Avanzaron cautelosamente, fuera del sendero central. Llegaron a la casa. Todo estaba en silencio.

Burr se asomó a una de las ventanas. La estancia del otro lado se hallaba vacía.

—Será mejor que vayamos por el otro lado —propuso.

Eunice asintió. Paso a paso, dieron la vuelta al edificio. Entonces, a unos treinta pasos de distancia, vieron a un hombre que se movía con ciertas dificultades, debido a que llevaba a rastras a otro que parecía sumido en la inconsciencia.

La muchacha lanzó un agudo grito:

—¡Papá!

Missur oyó la voz femenina y lanzó una terrible imprecación. Burr, sin embargo, había visto más.

Aquella fosa humeante...

Su capacidad de reacción era infinita. Mientras la voz de Eunice sonaba todavía, él ya corría hacia Missur.

El falso profeta se dispuso a rechazar el ataque. Burr cayó sobre él, derribándole a cinco o seis pasos de distancia.

Missur rugió de ira. Mientras los dos hombres luchaban ferozmente, Eunice se inclinó sobre el profesor y le puso una mano en el pecho.

Respiró, aliviada. Su padre vivía todavía.

Los contendientes se separaron unos instantes. Luego, Missur, inesperadamente, sacó un afilado puñal del interior de sus ropajes.

Babeando imprecaciones de furia, se arrojó contra Burr. El joven le recibió serenamente. Paró la primera puñalada y luego, ejecutando un habilísimo volteo, hizo que su adversario ascendiese un par de metros sobre su cabeza. Al mismo tiempo, había tomado un tremendo impulso, todo lo cual hizo que Missur saliera literalmente despedido a gran distancia.

Missur cayó al suelo rodando, por efectos de la inercia. De súbito, se encontró al borde de la fosa llena de ácido.

Cayó dentro.

Un olor nauseabundo se expandió por la atmósfera. Burr se puso en pie y su mirada se cruzó con la de Eunice.

—Está vivo —dijo ella, refiriéndose al hombre tendido en el suelo.

Burr asintió. *Cargó* con el inanimado cuerpo del profesor y lo llevó a un salón interior. —Eunice, traiga agua fría— ordenó. —Luego prepare café.

Ella fue en busca de la cocina. Por medio de frecuentes salpicaduras de agua muy fría Burr trató de conseguir que Vardan recobrara el conocimiento.

Eunice encontró también un frasco de sales en el cuarto de baño. Pero transcurrió casi media hora antes de que Vardan volviera en sí.

—Hola, hija —saludó con voz torpe, cuando se encontró en condiciones de hablar—. ¿Quién... quién es este hombre?

—Sheridan Harvey Burr, profesor, encargado por Galton de rescatarle a usted, cosa que, al fin, hemos conseguido.

Vardan se incorporó un poco en el diván donde estaba tendido.

—No pedí a Galton que me rescatase —dijo.

—Eso ya lo discutirá usted con él, cuando esté en su casa de la isla. Y a propósito, ¿sabe que Galton ha recibido una carta en la que se le comunica que debe cerrar su fábrica, cosa que ha de hacer por el bien del mundo?

—Ya lo sé —contestó Vardan, sin manifestar el menor asombro.

Burr y Eunice cambiaron una mirada de sorpresa.

—Usted está enterado del asunto —dijo el joven.

—Sí —admitió Vardan con toda tranquilidad.

—Bueno, en la carta se le conminaba a cerrar la fábrica. Pero no basta con ordenarlo; es preciso emplear métodos más poderosos.

—Dame más café, Eunice —pidió el profesor—. Eso es todo lo que tengo que decir. Eunice, perpleja, hizo un gesto con el que quería significar su impotencia para conseguir que su padre adoptivo variase de actitud. Burr reflexionó unos momentos, mientras Vardan tomaba café.

De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Profesor, ¿no se sorprende que hayamos venido Eunice y yo a despertarle?

Vardan miró extrañado al joven.

—Ahora que lo dice... He estado trabajando hasta cerca de la madrugada; luego, cansado, me eché a dormir en mi cuarto y... ¿dónde está Missur?

Burr se puso en pie.

—Quédese, Eunice —dijo—. Profesor, ¿se siente en condiciones de andar?

—Por supuesto, joven.

Burr se dirigió hacia la puerta. Al salir, preguntó:

—Profesor, ¿confía usted en Eunice?

—Sí, desde luego; es una muchacha encantadora...

—Pero sabe que no le mentirá en cuestiones de importancia.

—Hombre, no, ¿por qué diablos me iba a mentir?

Burr charlaba con frases de aparente intrascendencia. En realidad, lo que buscaba era provocar el *shock* de Vardan, mediante un súbito cambio en su situación mental.

Unos minutos más tarde, los dos hombres regresaban a la casa. Vardan estaba terriblemente pálido y apenas si se podía tener en pie.

—Horripilante... Apenas lo puedo creer... —balbucía.

Burr hizo una seña con la mano.

—Ahora necesita una copa entera, Eunice —indicó.

La joven se apresuró a llenar la copa. Vardan tomó un par de sorbos de *brandy* y luego miró a Eunice plañideramente.

—Hija, ¿es cierto todo lo que me ha dicho este joven? —

preguntó.

—Rigurosamente cierto, papá —contestó ella.

Vardan hundió la cabeza entre sus manos.

—Pero qué tonto... qué tonto he sido... —se apostrofó a sí mismo—. Ahora lo veo todo claro... Missur y su satélite se han aprovechado de mí...

—Profesor, por mi parte opino que lo que menos pensaba Missur era en cerrar el Centro Galton por puro altruismo. Tarde o temprano, pero estoy seguro de que será más bien temprano, esos dos pajarracos irán a pedir dinero a Galton. Ahora bien, ¿cómo pensaban presionarle para conseguir ese dinero?

—Un explosivo, muy potente...

—Ah, una bomba. Con mecanismo de relojería, supongo.

—Sí. Ha sido regulado para que estalle dentro de siete días.

—Bueno, si se encuentra la bomba, se puede desactivar...

—Imposible. En el momento en que se puso en marcha el mecanismo de relojería, ya no se puede evitar la explosión. Lo ideé yo así, para caso de que la encontrasen antes de tiempo. Sólo se puede conseguir mediante una señal de radio, en una clave determinada.

—Bueno, eso no es difícil...

—Es que yo no conozco esa clave. La ideó Missur... y ahora está muerto.

Burr se pegó una palmada en la frente.

—¿No hay más inconvenientes? —clamó, exasperado.

—Un momento, Harv —intervino la muchacha—. Una o dos veces estuve en el Centro Galton. Una bomba podrá dañar a un edificio, dos a lo sumo, pero no arrasar totalmente el Centro.

—Se ve que no conocen la verdad —dijo Vardan amargamente—. Lo que Sikhin lleva en su maleta es una bomba atómica.

* * *

El coche se detuvo junto a la gasolinera de la estación de servicio y, después de que el empleado llenó el depósito, su conductor lo apartó del poste.

Sikhin se apeó, ignorante de que los sagaces ojos de Pete Hoskins, alias el Urraca, habían visto ya la maleta en el asiento

posterior del coche. Era una maleta grande, pesada; podía contener objetos de mucho valor...

Sikhin entró en la cafetería y encargó café y un par de buñuelos. De pronto, vio un expositor con abundancia de tarjetas postales. También divisó una máquina expendedora de sellos de Correos.

Por tanto, debía de haber un buzón, a fin de que el que compraba una tarjeta pudiera enviarla desde aquel mismo lugar. Sikhin lo encontró enseguida y depositó allí la carta para Galton.

Luego, sin prisas, se sentó a tomar el desayuno. Al cabo de unos minutos, abonó el importe de la consumición y se puso en pie.

Holsomby estaba a unos ciento veinte kilómetros de distancia. Dentro de hora y media, habría franqueado las puertas del Centro Galton.

Encendió un cigarrillo y aspiró el humo voluptuosamente. Galton pagaría, no faltaba más.

Sikhin no recordaba exactamente en qué había quedado la posa. Bueno, casi no importaba; el caso era que una auténtica lluvia de dinero iba a caer sobre ellos...

El que casi cayó redondo fue el propio Sikhin, cuando, al llegar al estacionamiento, vio que faltaba su coche...

CAPÍTULO XI

Burr se llevó las manos a la cabeza.

—¡Una bomba atómica! —bramó—. Pero ¿es que se habían vuelto locos?

—Lo que se hace en el Centro Galton no me gusta en absoluto...

—En tal caso, habérselo dicho al propio Galton —rugió el investigador—. Usted podría haberse marchado, dimitir, convocar una conferencia de prensa... Pero sólo a un cerebro desequilibrado se le puede ocurrir parar una fábrica mediante una bomba atómica.

—Harv, lo que ha dicho usted del desequilibrio mental de mi padre no me ha gustado en absoluto —exclamó Eunice, indignada.

—¿Quiere que le bese? —contestó Burr sarcásticamente—. ¿De qué insensata cabeza ha salido esa fantástica idea?

—Fue... algo concebido a medias —contestó Vardan.

—Y dígame, ¿quién va a colocar la bomba?

—Sutherland, claro. Es uno de los nuestros.

—¡Sutherland está muerto! —chilló Burr.

—No está muerto. ¿Cómo va a estarlo, si yo mismo hablé con él a las seis de la mañana?

Burr y Eunice volvieron a mirarse. Ella pensó que quizá el investigador tenía razón y que su padre había perdido el juicio.

—Nosotros vimos muerto a Sutherland en el garaje, profesor —dijo Burr tras una pausa. Señaló el teléfono—. Y si no me cree, llame a la policía de Ventura. Pregunte por el teniente Robles y sabrá la verdad.

—Sutherland no está muerto —insistió Vardan obstinadamente.

—Harv, ¿no cabe la posibilidad de que otro tipo muy parecido a Sutherland hubiese ocupado su puesto?

—Sí, pero ¿por qué? —se extrañó el investigador.

—Sabían que íbamos a verle. El que estaba en casa de Sutherland no era su verdadero dueño. Podíamos haber descubierto la superchería.

Burr se pellizcó el labio inferior, pensativamente.

—Profesor, ¿qué aspecto tiene Sutherland?

Vardan facilitó una descripción física del aludido. Burr se dio cuenta de que coincidía en un todo con Sikhin.

—Esto es algo que no acabo de entender bien, pero ya lo aclararé —dijo al cabo—. De momento, lo que más urge es avisar a Galton, para que llame al Centro y haga que prohíban la entrada a Sutherland y le detengan.

—Dudo mucho que pueda conseguirlo... —Manifestó Vardan—. Dada la hora que es, Sutherland no sólo ha tenido tiempo de entrar en el Centro, sino de marcharse después de haber dejado la bomba.

—Bien, pero ¿qué sitio es ése?

Vardan se encogió de hombros.

—Ah, yo no lo sé —contestó—. Mi papel era construir la bomba, no colocarla.

* * *

El coche conducido por Hoskins se había metido por un camino que daba a las colinas situadas al sudeste de Monte Palomar. El Urraca solía ir por aquellos parajes. Más de una vez había afanado una maleta con joyas, y la cabaña que tenía en medio del desierto era ideal para desmontar las piedras y fundir los metales preciosos.

El golpe había sido bueno. Hoskins tenía olfato profesional. Aquella maleta era de piel de magnífica calidad. Posiblemente, contenía algo bueno. Y, bien mirado, el estupendo coche, debidamente transformado, podía solucionarle el problema de andar a pie que se le había planteado últimamente, cuando su viejo automóvil se había negado a moverse del mismo sitio.

El automóvil remontó una colina cubierta de vegetación rala. Luego emprendió el descenso por una pendiente llena de curvas. Vino un llano, cruzado por varias barrancadas y entonces fue cuando, de repente, el Urraca sintió la tentación de examinar el contenido de la maleta.

—¡Rayos, cómo pesa! —exclamó, al sacarla del coche.

Hoskins era un sujeto más bien pequeño y de no demasiada fuerza física. Para él, lo importante era la habilidad manual.

Soltó los cierres de la maleta y levantó la tapa. Hoskins parpadeó al ver el conjunto de extraños artefactos que había en su interior. Aquello, ciertamente, no eran ropas caras ni había una sola joya.

Hoskins empezó a pensar que había metido la pata. Se hubiera quedado la maleta, pero sintió cierta aprensión al ver aquellos cachivaches y se dijo que lo mejor era deshacerse de algo sumamente comprometedor. Además, estaba Roy Smith, su socio ocasional, quien acostumbraba a burlarse de él en más de una ocasión.

Pero el coche era nuevo, flamante; valía la pena «disfrazarlo». Minutos después Hoskins seguía su camino.

La maleta había ido a parar a un barranco cercano. Allí quedó, escondida entre la maleza del fondo.

* * *

Burr regresó a la casa con el rostro completamente gris.

—Trae malas noticias —dijo Eunice en el acto.

—Sí —contestó el joven, que acababa de hablar con Galton—. Sutherland no ha aparecido por el Centro. Eunice consultó la hora.

—Son las doce. Le ha sobrado tiempo para llegar, dejar la maleta y marcharse. Quizá ha sufrido un accidente...

—Hay una solución para averiguarlo —dijo Burr.

—Llamar a la policía —propuso Eunice.

—¡No! Galton no quiere. Sólo la avisaremos en último extremo. Pero tenemos siete días de tiempo. Investigaremos nosotros.

—¿Cómo, Harv?

—Sutherland ha ido al Centro y debe seguir una ruta definida. Preguntaremos por todas las estaciones de servicio.

—Sí, es una idea excelente. Papá, ¿vienes con nosotros?

Vardan estaba muy abatido, pero asintió. Momentos más tarde, embarcaban en el automóvil.

Dos horas después, habían interrogado a los empleados de seis o siete gasolineras, sin obtener el menor resultado.

—Volvamos atrás —dijo Burr, obstinado—. Tengo una idea

que...

A las cuatro de la tarde, Burr dio con el hombre.

—Ha estado aquí —dijo el empleado—. Eran las nueve de la mañana. O quizá las nueve y media, no estoy bien seguro. Pero, qué quiere, él no me dijo que estuviese perseguido por la policía...

Los billetes que Burr enseñaba habían sido un remedio eficaz para desatar la lengua del sujeto.

—Me dio veinte dólares —añadió el empleado—. Dijo que su mujer vendría preguntando por él... pero se marchó a pie.

—¿Y su coche?

—Para mí que se lo robaron, pero, por lo que fuera, no quiso denunciar el robo. Vayan a la agencia que hay al otro lado de la carretera; allí alquilan coches. Pregunten por el encargado, Juan Rodríguez; díganle que van de mi parte. Yo soy Johnny Páez.

Burr hizo un gesto con la cabeza. Vardan quedó en el coche.

Rodríguez les dio la información que deseaban.

—Alquiló un coche corriente. Por su aspecto, creí que pediría uno de lujo o, por lo menos, algo mejor, pero no fue así. No, no usó tarjeta de crédito ni nada que se le pareciese. Pagó en contante...

—¿Tiene alguna idea de la ruta que tomó?

—Eso sí —contestó Rodríguez—. Salí a la puerta del local, más que nada, para ver la clase de tipo que era conduciendo. Normal, como todos. Se dirigió hacia el norte, lo sé, porque le seguí con la vista.

Burr se pegó una palmada en la frente.

—Ha vuelto a casa —masculló.

—¿Decía algo, señor?

—No, nada... ¿Dio su nombre ese individuo?

—Por supuesto. Tuve que anotar todos los datos de su permiso de conducir... Se llama Craig Sutherland.

Burr puso veinte dólares en la mano de Rodríguez. Luego agarró el brazo de Eunice y tiró de ella hacia la salida.

—Vamos a la Zona de Paz Infinita —masculló.

Regresaron al coche. Burr llenó el tanque de gasolina y después, sin más pérdida de tiempo, arrancó en sentido completamente inverso.

Eran las cinco y media de la tarde, cuando llegaban de nuevo a la residencia de Missur.

Burr divisó inmediatamente el coche de alquiler.

—Está todavía ahí —dijo a media voz.

Sacó el revólver e hizo rodar el tambor, para comprobar su perfecto funcionamiento.

Luego, cautelosamente, avanzó hacia la casa.

Cuando ya llegaba al edificio, ovó una voz que salía a través de una de las ventanas:

—La culpa no es mía —chillaba el falso Sikhin—. Me robaron el coche y... Sí, estoy esperando un coche de alquiler; el que alquilé en una casa a la entrada de La Jolla es una porquería. Está bien, iré lo antes que pueda.

Sutherland colgó el teléfono violentamente. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de su cara. Luego se puso en pie y se acercó al recipiente lleno de cubitos que había sobre una mesa cercana.

—Sirva otra dosis, amigo, por favor.

Sutherland se volvió como el rayo al oír una voz extraña en la estancia. Fue a meter la mano en el bolsillo de su chaqueta, pero se detuvo al ver el revólver que empuñaba el intruso, situado a cuatro o cinco pasos.

Un profundo silencio se hizo en la sala inmediatamente.

CAPÍTULO XII

Al cabo de unos segundos, Sutherland carraspeó.

—Burr, supongo —dijo.

—El mismo, Shurod Sikhin. —Burr sonrió—. ¿O era Sikhin el hombre que murió en su casa, después del golpe que le atontó y no le permitió darse cuenta de que iba a ser asfixiado por el monóxido de carbono?

—Ha llegado usted muy pronto a esa conclusión —dijo Sutherland—. ¿O es que se lo ha dicho alguien?

—Vardan, quien parece conocerle bien —respondió el joven.

—¡Vardan! —Respingó Sutherland—. Entonces, el que está en la fosa llena de ácido...

—Es, era, mejor dicho, el Guru Majhaibar Missur. Missur era un Guru, lo que significa maestro, en ciencias orientales, pero como luchador, era un discípulo en su primera lección.

—Usted le arrojó...

—En la lucha que siguió a la discusión que sostuvimos acerca de un punto, sobre el cual nuestras opiniones eran opuestas. Missur quena arrojar al profesor a la fosa. Yo no quería y empezamos a pelear. Perdió Missur. Ahora —añadió Burr hipócritamente—, está en la Paz Infinita. O en el fuego eterno.

—Le veo muy cáustico, Burr. ¿Qué ha sido del profesor?

—No se preocupe; su estado de salud es excelente, aunque se siente mentalmente deprimido. ¿Por qué no hablamos de la bomba atómica que usted no ha podido dejar en el Centro Galton?

—Me ha sido imposible, créame.

—Le robaron el coche, ¿eh?

Sutherland asintió.

—Y, claro está, no ha podido denunciarlo a la policía.

—¿Lo habría hecho usted en mi caso?

—Es una pregunta estúpida. Jamás me veré yo en un caso semejante. Dígame. ¿Qué papel pintaba Sikhin en todo este asunto?

—Nos parecíamos bastante. A veces, ocupaba mi puesto en la casa.

—Y, otras veces, era usted el que desempeñaba el papel de Sikhin.

—Sí.

—Pero ahora, Sikhin ya no hacía falta. ¿O quizá pidió una tajada mayor del pastel que estaban cocinando?

Sutherland apretó los dientes. Burr adivinó que cualquiera de las dos respuestas posibles era perfectamente admisible.

—Bien, el caso es que Sikhin está muerto. Sutherland, dígame, ¿cuál es la señal de radio que desconectará la bomba? —No lo sé— respondió el interpelado.

—Vamos, vamos, Craig, no me haga reír. Éste es un asunto que han guisado entre usted y ese falso profeta.

—Me crea o no, es la pura verdad. Tiene un revólver en la mano. Amenáceme con usarlo y le daré la misma respuesta: desconozco la clave.

Burr se quedó desconcertado unos instantes. Sutherland parecía ser sincero.

—¿Con quién hablaba por teléfono cuando yo llegué?

—Eso no es cosa suya, Burr.

—Se equivoca. Es cosa mía y va a decírmelo ahora mismo...

La voz de Eunice sonó repentinamente en el exterior.

—¡Harv, Harv! ¿Dónde está usted? ¿Qué es lo que sucede?

Burr se distrajo un momento. Sutherland aprovechó la ocasión y le tiró una silla. Para esquivar el proyectil inesperado, Burr se echó a un lado. Tropezó con otra silla y cayó, lo que aprovechó Sutherland para escapar.

Burr se puso en pie de un salto, maldiciendo la inoportunidad de la chica. Corrió velozmente y divisó a Sutherland al otro lado.

Disparó un tiro. Sutherland se volvió, e hizo fuego un par de veces sin dejar de correr. Pero ello le impidió ver una mata de raíces muy fuerte, con la que tropezó, cayendo en difícil postura.

El revólver quedó bajo su cuerpo. Al golpe, sus dedos se contrajeron instintivamente. Sonó un sordo estampido.

Sutherland se quejó débilmente, a la vez que se retorció sobre sí mismo. Luego, muy lentamente, empezó a quedarse quieto.

Burr se acercó al caído y le examinó atentamente. La bala había entrado por el lado derecho del tórax, justo bajo la tetilla de aquel lado.

—Le ha alcanzado en el corazón —murmuró.

Se irguió poco a poco. Eunice, palidísima, le contemplaba a pocos pasos de distancia.

—¿Por qué no esperó en el coche, como le indiqué? —se quejó el investigador.

—Oh. Harv... Usted tardaba tanto y yo me sentí tan aprensiva...

—Estaba hablando con Sutherland —gruñó Burr—. Dijo que desconocía la clave para desconectar la bomba, pero ya no sabremos si era sincero.

Enfundó el revólver y echó a andar en busca de la salida.

Eunice se emparejó con él.

—Oh, Harv, tiene que dispensarme... Lo siento tantísimo...

No se preocupe —contestó él—. Puede que la cosa tenga remedio.

—¿Cómo? ¿Se le ha ocurrido algún plan?

—Está claro. Tenemos que encontrar al ladrón que robó el coche de Sutherland. Es el único que sabe dónde está esa maldita bomba atómica.

* * *

Roy Smith paró su asmático cacharro junto a la cabaña y vio a Hoskins, embutido en un sucio mono de mecánico, con una máscara en la mano y la pistola de pintura en la otra.

—¿Qué haces, Urraca? —preguntó Smith, sonriendo.

—Ése no es mi nombre, Roy —gruñó Hoskins—. Lo sabes bien. Usalo para hablar conmigo o yo emplearé otro menos delicado contigo.

—Bah, bah —contestó Smith, despectivamente—. Nombres, apodos, ¿qué más da?

Oye, ¿de dónde has sacado ese cacharro tan estupendo?

Hoskins hizo un gesto ambiguo.

—Y lo estás disfrazando, ¿eh? —añadió Smith sarcásticamente

—. ¿Piensas sacar mucho de ese trasto?

—Ya veremos. Quizá me lo quede yo. Ahora no tengo coche, Roy.

—Te lo compro, Pete —propuso Roy.

—¡Vete al diablo! —Fue la abrupta respuesta del Urraca.

—Doscientos «pavos», más cincuenta por la pintura y el trabajo. Además, te regalo mi cacharro. Es una buena proposición, ¿no te parece?

—Roy, no te canses. Me quedo el coche. En el peor de los casos, no faltaría quien me diera el doble. ¡Pero si no tiene cinco mil kilómetros!...

Smith refunfuñó algo entre dientes y se metió en la cabaña. Vio una botella de licor y la destapó.

—¡Roy, deja esa botella! Es mía y no voy a consentir que me la vacíes bonitamente —gritó el Urraca desde el exterior.

Smith contestó con una obscena maldición y se atizó un par de tragos que redujeron en un tercio el contenido de la botella. Lanzó un sonoro eructo y salió al exterior, apoyándose en un viejo poste.

—Pete, trescientos dólares —gritó, al cabo de unos minutos.

Hoskins no contestó y siguió pintando. Smith encendió un cigarro y se separó del poste.

—Escucha, Pete, trescientos dólares, más cincuenta por la pintura y las nuevas placas y mi cacharro, no es mal negocio —insistió.

—¿Quieres dejarme en paz, Roy? —gritó Hoskins, furioso.

—Pero, Urraca, ¿qué te ha dado...?

Smith no pudo continuar. Encolerizado, Hoskins había vuelto contra él la pistola de pintura, poniéndole el traje perdido.

Se oyó un aullido feroz. Smith sacó su pistola y, ciego de ira, disparó varias veces contra su compinche.

Hoskins se desplomó al suelo, sin lanzar un solo grito. Smith se quedó estupefacto al contemplar el resultado de su arranque de ira.

—Le he matado —dijo con voz trémula.

Su cabeza empezó a dar vueltas. Era preciso hacer algo para ocultar el crimen cometido. Habiendo palas en la cabaña y sitio de sobra para cavar una sepultura, Smith no sentía el menor deseo de entablar relaciones con la cámara de gas en San Quintín.

Burr llamó a la puerta. Eunice acudió a abrir.

—He hablado con Galton —dijo él.

—¿Y bien?

—Le piden diez millones.

Eunice se sintió tan abrumada como su padre adoptivo.

—¡Cómo se aprovecharon de él!... —dijo con acento de queja—.

Perdone, Harv, ¿quiere algo de beber?

—Un trago no me vendría mal, en efecto.

Estaban en casa del profesor, en las inmediaciones de Holsomby.

Eunice llenó la copa y se la ofreció a Burr.

—Faltan tres días solamente —dijo.

Burr asintió. Tomó un trago y luego encendió un cigarrillo.

—Todo depende de que se encuentre el coche —dijo después.

—¿Cree que lo encontrarán?

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá lo han disfrazado con otra pintura y placas nuevas. En tal caso, imagínese lo que costará encontrarlo.

—Pero, añadiendo el dato de la maleta...

—Hemos dicho que contenía documentos de alto valor industrial y hemos ofrecido una recompensa de quinientos dólares por su devolución.

El teléfono sonó de pronto. Vardan permanecía como insensible.

Eunice atendió la llamada. Al cabo de unos instantes, alargó el teléfono:

—Para usted, Harv —indicó.

Burr tomó el aparato. Tras escuchar unos momentos a su interlocutor, le dio las gracias y volvió el teléfono a la horquilla.

—Vamos, Eunice —dijo exaltadamente—. Creo que ya hemos encontrado la pista del coche robado.

CAPÍTULO XIII

—Un agente de la policía de carreteras recordó de pronto que había visto a Pete Hoskins en un coche que estimó demasiado lujoso para sus medios habituales de vida. Pero casi en el mismo momento, se produjo un accidente en las inmediaciones y el policía se olvidó del ladrón.

—Hasta hoy —dijo ella.

—Sí. La policía de San Onofre conoce bien al Urraca y sabe que vive en una cabaña solitaria a unos siete kilómetros de la población, en pleno desierto. Ya han sido destacados unos agentes para detenerle; nosotros nos ocuparemos de la maleta exclusivamente. Usted actuará como hija de Vardan, es decir, del legítimo propietario de la maleta —recomendó Burr.

—Es una buena idea —concordó Eunice, sintiéndose mucho más animada.

El coche rodaba a buena velocidad, sin excesos perjudiciales, debido a la irregularidad del terreno.

—Lo que no me he explicado nunca es qué intervención tuvo Poulson en este asunto —dijo Eunice de pronto.

—Tengo la sensación de que ha sido largamente meditado y planeado con meses de anticipación —contestó Burr—. Todo se ha desarrollado con gran rapidez, a partir del momento en que Galton me avisó del secuestro de su padre. Tal vez Missur y Poulson se conocían de antes. Sabemos que éste se dedicaba al contrabando. De Missur sabremos en su día más datos; puede que fuera realmente un hindú, pero eso no significa precisamente que haya de ser un creyente en el budismo.

El coche remontó una colina terrosa, sin apenas vegetación. De pronto, cuando ya estaban en la vaguada, oyeron varios disparos

hechos en rápida sucesión.

Las detonaciones sonaban a menos de trescientos metros. Prudente, Burr detuvo el coche al llegar a la siguiente colina.

El tiroteo proseguía. Había tres o cuatro policías frente a una cabaña destartalada, de donde salían algunos disparos. De pronto, Burr vio asomar un trapo blanco por una de las ventanas.

Los policías corrieron hacia la cabaña. Burr aceleró de nuevo.

—¡Vamos, ya han capturado a Hoskins!

Cuando detuvieron el coche frente a la cabaña, vieron a un tipo sostenido por dos agentes.

—Yo no quería matarle —gemía Smith—. El me provocó.

El hombre tenía un hondo rasguño de bala en la cara y un proyectil le había atravesado el muslo derecho.

Su aspecto era patético. Burr sintió compasión de él.

—¿Qué le sucede? —preguntó—. ¿A quién ha matado Hoskins?

El sargento que mandaba la pequeña fuerza policial miró a Burr con notoria extrañeza.

—Éste no es Hoskins, señor —informó—. Se llama Roy Smith y, por lo que acabamos de saber, es el autor de la muerte del Urraca.

Eunice se sintió aterrada. El joven hizo un esfuerzo para recobrarse.

Sargento, soy Burr —se presentó—. Sin duda, su comisario le habrá hablado de mí y de la señorita Vardan.

—Sí, desde luego —contestó el policía—. Estoy enterado del caso. La maleta, según parece, contiene valiosos documentos de tipo industrial.

—Exactamente. ¿Me permite hacerle una pregunta al detenido?

—Adelante, señor Burr.

El joven se acercó a Smith, a quien atendía un agente con los elementos de cura del botiquín de urgencia de su coche.

—Roy —llamó Burr.

Smith alzó levemente los ojos.

—Diga —contestó con acento lleno de desánimo.

—Se trata de... Sólo quiero que me responda a una pregunta, amigo.

—Sí, sí..., pero yo no quería matarle... El me roció con su maldita pistola de pintura... Y yo... me parece que tenía un trago de más... Me dejé llevar por la ira y... Oiga, ¿usted cree que me

llevarán a la cámara de gas? —preguntó Smith, entre sollozo y sollozo.

—No, hombre, no; el jurado apreciará muchas atenuantes. No habrá cámara de gas... —Burr ardía en deseos de formular su pregunta al detenido, pero comprendía que debía ganarse su confianza—. Roy, dígame, ¿vio usted el coche que robó Hoskins?

Smith señaló con una mano el vehículo situado a poca distancia y en el que se advertían aún las señales de un precipitado cambio de color.

—Está ahí...

—Había una maleta dentro del coche. ¿Dónde está esa maleta?

—No lo sé —contestó Smith—. Jamás vi la maleta. Créame, estoy seguro de que Hoskins ya no la trajo a la cabaña.

* * *

El hombre caminaba lentamente por el desierto, insensible a los abrasadores rayos de sol que caían sobre su cabeza, protegida por un ancho sombrero de paja.

A Kit Peary hubiera podido tomársele por un buscador de oro de la época fabulosa del siglo pasado, de no haber sido porque arriba, en un camino abandonado, estaba su «jeep». Peary usaba el automóvil en lugar del burro para transportar su equipo.

Y no buscaba oro, sino otra cosa muy distinta.

Colgada del hombro izquierdo llevaba una caja de cuero negra, de la que sobresalía un cable, terminado en una especie de micrófono, que manejaba con la mano derecha. Mientras caminaba sin prisas, Peary movía el supuesto micrófono a derecha e izquierda.

Aquella caja era un detector Geiger de radiactividad. Kit Peary era buscador de uranio.

Años atrás había descubierto un pequeño yacimiento que vendió con buenos beneficios. Cuando el dinero de su cuenta corriente empezó a dar síntomas de escasez, Peary se lanzó de nuevo al desierto.

Los chirridos que salían del Geiger eran muy débiles. El lugar, debido a su forma peculiar, parecía un horno.

De súbito, el detector pareció enloquecer.

—¡Rayos! —exclamó Peary—. ¡Me parece que he dado con una

buena veta!

A poca distancia, divisó un grupo de rocas de color oscuro. Paseó el detector por encima, pero las indicaciones del Geiger allí eran nulas. Sin embargo, cuando movía el tubo de detección hacia el fondo de la barrancada, el chirrido se acentuaba extraordinariamente.

—Esto no puede ser —masculó Peary—. Por alguna parte hay uranio en abundancia, pero la constitución geológica del terreno lo desmiente a primera vista. Claro que puede hallarse a mayor profundidad...

Tenaz, puesto que sabía que el detector no podía mentirle, Peary continuó la búsqueda.

* * *

Burr abrió la puerta. Eunice, sentada en un diván, alzó la cabeza para dirigirle una muda pregunta con los ojos.

El joven hizo un gesto negativo.

—Nada —suspiró.

—Pero es imposible...

—Eunice, he aumentado la recompensa a dos mil dólares. La policía está haciendo todo lo humanamente posible. Además, ha alertado a todos sus confidentes. El Urraca era muy conocido. Se está interrogando a todos los posibles compradores de la maleta.

—Pero tuvo que ver lo que había dentro —exclamó ella.

—Es casi seguro. Sin embargo, yo opino que se deshizo de aquellos cacharros y los tiró en alguna parte.

Nadie le iba a dar un centavo por todos los instrumentos que contenía la maleta.

De repente, Eunice lanzó una estridente carcajada.

—¿A quién se le ocurre? —dijo—. Vamos, es de risa; hacer un chantaje por diez millones de dólares y dejarse la maleta tan tranquilamente en el coche, un objeto que era la llave para conseguir la fortuna... Pero ¿qué clase de estúpidos colaboradores tenía Missur?

Burr miró a la joven. Eunice estaba sometida a una enorme tensión emotiva. Si no se resolvía pronto el caso, la muchacha podía acabar mal.

Como el profesor quien, desde el momento en que descubrió el engaño de que había sido objeto, parecía desinteresado en absoluto de todo.

—Tranquilícese, Eunice —dijo Burr—. La maleta aparecerá.

—Sólo quedan cuarenta y ocho horas, Harv —alegó ella—. Pasado mañana, a las doce, si no la han encontrado, se producirá la explosión.

—Encontraremos la maleta...

—Y aunque la encontremos, desconocemos la clave de la señal de radio. El mecanismo de relojería es perfecto; si se intenta la desconexión manualmente, la bomba estallará sin remedio.

—Lo que yo quiero es encontrar la bomba —rezongó el joven—. El Ejército tiene expertos de sobra para desarmar esos mecanismos.

Consultó el reloj.

Se me ha ocurrido una idea —dijo—. Es desesperada, pero puede que tenga éxito.

Giró sobre sus talones y se dispuso a salir. Eunice corrió hacia él.

—Harv, no sé adónde vas ni qué piensas hacer, pero quiero ir contigo —exclamó, tuteándole de repente.

Burr sonrió de un modo extraño.

—Eres muy guapa —dijo—. ¿Ya se te han pasado los efectos del fracaso amoroso? Ella asintió, ligeramente ruborizada.

—Ya se me ha pasado —contestó.

Burr se apoderó de una de sus manos.

—Entonces, ven conmigo —dijo—. Haremos el último intento y aguardaremos veinticuatro horas. Y si no...

—Y si no, fracasados, volveremos a la isla de Galton a entonar el *Mea culpa*.

CAPÍTULO XIV

El hombre era monstruosamente gordo y sus menudos ojillos estaban casi ocultos por la abundante grasa de sus párpados. Tenía un bigote ralo, con dos docenas de pelos cortos y muy claros y su cráneo aparecía completamente afeitado y sus manos estaban cubiertas de anillos. El reloj de oro que sobresalía de una muñeca velluda era de los más caros del mercado.

Estaba sentado en un enorme diván, con una mesita al lado en la que, al alcance de su mano, había varias bandejitas con pastas saladas, almendras y otras fruslerías. Había también una enorme jarra de cerveza.

A Eunice le pareció un Buda ataviado con ropajes modernos.

Ésta es Eunice Vardan —dijo Burr—. Eunice te presento a Chet Green.

—¿Cómo está usted, señor Green? —saludó la muchacha, cortésmente.

El gordo la miró con ojos críticos, aunque no dijo nada. Luego se volvió hacia Burr.

—¿Qué quieres? —preguntó, con voz sorprendentemente aflautada.

—Ayúdame, Chet —pidió el joven.

Green se echó a reír.

—¿Algún apuro de los gordos?

—Sí.

—Harv, no siento ninguna simpatía hacia ti. Hace dos años me hiciste polvo un negocio de doscientos mil...

—Contrabando de piedras preciosas —dijo Burr sin inmutarse—. Y suerte tienes de que no se te pudiera probar la muerte de Clay Murphy.

—Yo no le maté ni hice que le mataran. Clay tenía un defecto: le gustaban demasiado las mujeres y no le importaba si estaban casadas o no. Pero al marido de aquella mujer sí le importaba y por eso le pegó dos tiros. Clay y yo habíamos tenido diferencias por nuestros distintos puntos de vista al enfocar el negocio. Todo el mundo creyó que yo había hecho triunfar mis puntos de vista, pero no fue así, te lo aseguro.

—Está bien, dejemos al pobre Murphy. Hablemos de lo nuestro.

—De la maleta que robó el idiota de Hoskins.

Eunice arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe, si todavía no lo hemos mencionado? —exclamó, atónita.

—Chet sabe más cosas de la gente del hampa que las que sabrá la policía de Los Angeles en cien años —contestó Burr.

—Comprendo —dijo ella.

—No sé nada de la maleta —aseguró Green.

—Pero puedes poner a unos cuantos amigos sobre su pista —dijo Burr.

—Costará dinero —respondió el gordo sin inmutarse.

—¿Cuánto? —preguntó Eunice.

—Para empezar, tres mil. Cinco mil más, cuando devuelva la maleta.

—¡Ladrón! —gritó la chica, sin poder contenerse.

—Es lo que soy —admitió Green tranquilamente.

—Te pagaremos —afirmó Burr—. De momento, sólo tengo mil a mano. Te enviaré mañana los dos mil restantes.

—No siento ninguna simpatía hacia ti, pero sé que eres leal en tus tratos. Recuerda mi precio: tres mil para gastos y cinco mil de recompensa. Déjame tu teléfono para llamarte —pidió Chet a continuación.

Burr le escribió el indicativo del radioteléfono del coche en una tarjeta. Green la leyó y sonrió.

—Progresas, ¿eh? —dijo.

—El coche no es mío —contestó Burr muy serio—. Haz lo que puedas, Chet.

—¿Tan interesantes son esos documentos?

—No se traía de documentos. En la maleta no hay un solo papel.

Por primera vez, Eunice vio la sorpresa en el redondo rostro del

hombre que estaba sentado en el diván.

—¿Qué demonios hay en esa condenada maleta? —inquirió Green.

Burr se volvió hacia la muchacha.

—Temo que no vamos a tener otro remedio que decirle la verdad.

—Adelante —se resignó ella.

—Bueno, ¿por qué no hablan claro de una vez? —preguntó Green.

—Chet, encarga a tus hombres, quienquiera que sea el que encuentre la maleta, que no la abra por nada del mundo. Invéntate la excusa que te parezca, diles cualquier cosa.

¡Pero que no abran la maleta!

—¿Hay algo malo en su interior?

—Malísimo. Una bomba atómica.

La boca de Green se abrió enormemente.

—Harv, tú bromeas...

—Hablo absolutamente en serio. Es más, si no nos damos prisa, la bomba explotará pasado mañana a las doce del mediodía.

—¿Y me pillaré a mí?

Burr se encogió de hombros.

—No puedo asegurarte nada, Chet —contestó—. Si supiera dónde está esa endiablada maleta con la bomba, ¿crees que habría venido a verte?

Momentos más tarde, Burr y Eunice salían de la casa donde vivía el sujeto.

—¿La encontrarán, Harv? —preguntó ella, aprensiva.

—Espero que sí. Lo que no consiga Green, difícilmente lo conseguirán otros. Tiene una red de espías que le proporcionan informes de todas clases. Luego, él selecciona los más convenientes y actúa en consecuencia.

—Entonces, es un ladrón y contrabandista —adivinó Eunice.

—Además de un consumado perista. Y tan hábil, que jamás le han cazado con las manos en la masa.

—Pero tú le estropeaste un negocio...

—Porque actué antes de que las gemas llegaran a sus manos; de lo contrario, el dueño de las esmeraldas no las habría visto jamás.

Ella suspiró a la vez que se acomodaba en el coche:

—Demos a Green un margen de confianza —consultó su reloj de pulsera— de veinticuatro horas y once minutos.

—Es todo lo más que le podemos conceder, pero, repito, si él no encuentra la maleta, no lo hará nadie más.

—De todas formas, Harv, hemos de ponernos en lo peor —dijo Eunice.

Burr no pudo replicar. La señal de llamada del radioteléfono se lo impidió.

* * *

—¿Burr?

—Sí, señor Galton.

—Abandone.

Burr respingó.

—Pero...

—Le he dado una orden. ¿No ha encontrado ya al profesor Vardan?

—Sí, pero aún no se lo he llevado, como usted me pidió.

—No se preocupe más del asunto. Ha encontrado a Vardan.

Burr dudó un instante.

—Está bien —dijo por fin—. Abandono, pero, si mal no recuerdo, usted me prometió algo.

—Cien mil dólares, ya lo sé. No se preocupe; tendrá su dinero. Pero ya no trabaja para mí. Olvídese de este asunto cuanto antes, ¿entendido?

—De acuerdo, usted manda. Y paga, no lo eche en saco roto.

Burr oyó un «clic». La comunicación se había cortado.

Con el teléfono todavía en la mano, miró a la muchacha.

—¿Has oído, Eunice?

—Sí, Harv.

El coche seguía rodando. Burr se había sumido en profundas meditaciones.

—No lo comprendo, no lo comprendo —dijo Eunice de pronto.

—Está claro. Galton ya tiene a su padre.

—He podido hablar con él esta mañana —declaró la muchacha—. Por supuesto, ha dado de lado esas absurdas teorías filosóficas que Missur imbuyó en su mente. Bien mirado, no era más que la

forma de conseguir que se pusiera al lado de esos chantajistas, pero ello no obsta para que hace ya tiempo empezase a pensar en la paz mundial, ¿comprendes?

—Sí, Eunice.

—Y ahora, aunque ya no cree en las doctrinas de Missur, tampoco querrá volver al Centro Galton.

—¿Tiene algún proyecto?

Eunice se encogió de hombros.

—Le conviene descansar una buena temporada —respondió—. Sus ahorros le permitirán vivir sin necesidad de trabajar durante bastante tiempo. Después, tal vez se busque un empleo más pacífico; no sólo es físico nuclear, sino también ingeniero.

—Puede construir puentes, carreteras...

—Algo de eso tiene en mente, pero no empezará a trabajar tan pronto. Por tanto. Galton ya no dispondrá de su cerebro privilegiado.

—De lo cual me alegro infinito —sonrió Burr—. Eunice, si he de serte franco. Galton no me ha sido nunca simpático.

—Es de la clase de hombres a los que se respeta y teme, pero que jamás consiguen el afecto de nadie. Bien, cuando esto haya terminado, podemos decir que se ha cerrado un capítulo de nuestra vida.

—Y empezará otro —sonrió él.

—¿Tú crees?

—Estoy absolutamente seguro. Te aseguro una cosa, Eunice: sólo deseo encontrar esa maldita bomba, para dormir veinticuatro horas seguidas. Después...

—¿Después?

—Hay mucho tráfico —contestó él incongruentemente.

—¿Qué tiene que ver el tráfico...?

—Es que no puedo parar el coche y apartarme a un lado. De otro modo, lo haría para abrazarte y darte un beso.

—¡Oh! —exclamó ella, intensamente ruborizada—. De todas formas añadió —hazlo a la primera ocasión que tengas.

CAPÍTULO XV

El hombre remaba sin prisas hacia la isla. Kit Peary estaba seguro de que el dueño de la maleta que tenía en el fondo de la barca, a sus pies, le daría un importante premio por su recuperación.

La isla estaba ya a unos ciento cincuenta metros de distancia. Repentinamente, Peary oyó el tableteo de la ametralladora.

Delante de él y a los lados vio alzarse unos chorritos de líquido. Las balas silbaron a su alrededor. Algunas hicieron saltar astillas de la embarcación. Otras abrieron algunos orificios en su fondo, por los que empezó a entrar el agua inmediatamente.

Peary respingó en el primer momento. Luego se dio cuenta que, quienquiera que le disparase, tiraba a matar. Se puso en pie para tirarse de cabeza al agua.

Su acción desequilibró la embarcación, haciéndola volcar. La maleta se fue al fondo en el acto.

A Peary ya no le importaba en absoluto. Maldiciendo, empezó a pensar en la forma de salir del atolladero.

«Si asomo la cabeza, me la volarán a tiros», calculó.

No era mal nadador, pero la orilla del lago estaba cerca. Nadando bajo las aguas, se situó debajo de la barca volcada.

Peary se agarró con ambas manos a uno de los bancos, manteniéndose en tal posición.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que una leve brisa hacía derivar el casco.

—Bueno, todo será cuestión de paciencia —se dijo, filosóficamente.

Afuera, en la orilla, Galton y uno de sus vigilantes contemplaban la embarcación invertida.

—Venía un hombre remando —declaró el vigilante—. Tal como

usted nos ha ordenado, le disparé unas ráfagas de ametralladora.

—Hizo bien, Rudolf —aprobó Galton—. ¿Ha muerto?

—No se le ha visto salir más, señor. Creo que le alcancé...

—Si ha muerto... Bien, los peces del lago tendrán durante unos días comida extraordinaria —dijo Galton riendo desaforadamente.

* * *

El coche se detuvo junto al embarcadero del lago.

—¿Y ahora? —dijo Eunice.

—Llamaremos a Galton por el radioteléfono...

—¡Mira, Harv! —gritó ella de pronto.

A unos cien metros de la orilla se veía el casco de una pequeña embarcación, que derivaba lentamente, impulsada por el viento. Burr frunció el ceño al ver algunos impactos de bala en la madera.

—Algún pobre desgraciado quiso ir a la isla y allí le recibieron a tiros —supuso—. Pero no me explico cómo han dejado el casco a flote.

—Galton es muy especial. Quizá lo ha hecho como ejemplo —apuntó Eunice.

De repente, el agua se agitó un poco en torno al bote volcado. La cabeza de un hombre asomó inmediatamente a un lado.

—Menos mal, ya estoy en la orilla —dijo Peary. Entonces vio a la pareja y gritó—: ¡Eh, ayúdenme!

Burr corrió a lo largo del embarcadero. Lo único que pudo hallar, fue un flotador, unido a una cuerda de unos veinte metros de largo.

—Haga un esfuerzo, amigo —aconsejó, a la vez que arrojaba el flotador, aunque reteniendo el otro extremo del cabo.

Peary nadó un poco. Agarró el flotador y se dejó llevar a la orilla.

—Está agotado, hombre —dijo Burr, al ver que Peary se dejaba caer.

—No me hable —rezongó el buscador de uranio—. Creo que llevo tres horas ahí abajo... O puede que sean cuatro, no sé; pero, créanme, jamás he pasado tanto miedo...

Creía que en cualquier momento iban a acribillarme a balazos...

Peary temblaba de frío, debido a la larga inmersión.

—Aguarde un momento —dijo Burr.

Volvió al coche y sacó una manta del portaequipajes. En la guantera tenía un frasquito con licor.

Peary se envolvió en la manta. Luego aceptó el frasco agradecidamente.

—Me siento otro —dijo, después de un par de tragos—. Por cierto, me llamo Kit Peary.

—Ella es la señorita Eunice. Yo me llamo Burr.

—Encantado, amigos. ¿Van a esa maldita isla?

—Sí. ¿Usted también, Peary?

El buscador de uranio lanzó una amarga carcajada.

—¿Yo? Escuche, amigo, no pienso volver ahí ni por todo el oro del mundo. Ni siquiera aunque me dijeran que esa maldita isla es de uranio puro, ¿comprenden?

Burr frunció el ceño.

—¿Por qué ha mencionado ese mineral? —preguntó.

—Está bien claro; soy buscador de uranio... Era una frase hecha, no la dije con segunda intención.

—Acaso ha encontrado un yacimiento de mineral en bruto y quería vendérselo a Galton —sugirió Eunice.

—Nada de eso —contradijo Peary—. Lo único que yo quería era devolverle una maleta que le pertenecía. Pero empezaron a tiros conmigo y me lancé al agua inmediatamente.

Burr se puso pálido.

—¡Peary! ¿Qué ha sido de la maleta? —gritó.

El prospector hizo un encogimiento de hombros.

—Hombre, vaya una pregunta —respondió—. ¿Qué se imagina que le pudo pasar a la dichosa maletita después de que volcó el bote? Se fue al fondo.

Eunice lanzó un gemido y casi estuvo a punto de caerse. Burr apretó las mandíbulas, mientras Peary les miraba estupefacto.

—Pero ¿qué sucede? —exclamó—. ¿He dicho algo inconveniente?

—Amigo, ¿por qué no nos cuenta usted detalladamente cómo ha llegado esa maleta a su poder? —indicó Burr.

Peary fue breve, pero sustancioso. Al terminar, Burr miró a Eunice.

—Sólo un hombre como él podía encontrar la maleta —dijo.

—Sí, pero ¿examinó su contenido?

—Había uranio y unos aparatos muy raros —declaró Peary—. Me pareció que lo más conveniente era no tocarlos y decidí llevar la maleta a su propietario.

—Hizo bien, aunque, dígame, ¿no habrá peligro de contaminación personal por radiactividad? —preguntó Burr.

—El tiempo de exposición ha sido mínimo. En cuanto vi que el Geiger señalaba un índice muy elevado, cerré la maleta. El uranio está protegido por una cápsula de plomo de suficiente espesor como para detener la mayoría de las radiaciones. Ahora, con veinte o treinta metros de agua, el peligro es nulo.

—Ya —dijo Burr pensativamente—. Peary, ¿podría señalarnos el punto aproximado donde se hundió la maleta?

—Allí —señaló Peary—. Estaba a unos ciento cincuenta metros de la orilla. Puede que fueran algunos más o unos pocos menos, pero es un cálculo muy aproximado. Estoy acostumbrado a calcular las distancias a ojo —añadió con suficiencia.

—¿Quién le dio la embarcación?

—La alquilé en el *camping* que hay cerca de la otra orilla. Allí.

Burr sacó unos billetes de su bolsillo y le entregó cien dólares.

—Tome, para compensarle las molestias —dijo—. ¿Puedo pedirle un favor, amigo?

—Sí, claro.

—Sea discreto y no mencione este incidente. Al menos, en una temporada.

Peary se tocó la sien con el índice, como si saludase.

—Quédense tranquilos —contestó—. Bueno, ahora me toca ir a pie, contorneando el lago, pero no me importa; he salvado el pellejo y tengo las piernas todavía muy fuertes.

—Le felicito —sonrió Burr—. ¡Ah, llévese el *whisky*!

—¡Esperen! —gritó Eunice, de pronto.

Peary se disponía a marcharse. Lo mismo que Burr, volvió los ojos hacia la muchacha.

—Creo que hemos olvidado una pregunta muy interesante —dijo ella.

—Adelante —invitó Burr.

—Señor Peary, ¿cómo supo que la maleta pertenecía a Galton?

El prospector dio una respuesta sorprendente. Burr rompió en

una risa convulsiva, casi histérica. Eunice, en cambio, permanecía muy seria.

—Vaya unos conspiradores —dijo Burr momentos más tarde, cuando Peary ya se había ido—. Si hubieran querido hacerlo mal, no les habría salido un plan tan pésimo.

—Lo peor de todo son las vidas que se han perdido y que aún pueden perderse —murmuró Eunice, sumamente pensativa.

—Todavía se puede solucionar el asunto, faltan veintidós horas para la explosión de la bomba —dijo el joven.

—Pero está en el fondo del lago... a más de veinte metros de profundidad... Habrá que contratar hombres-rana, con equipo adecuado...

—No será necesario, Eunice.

Burr regresó al coche y dio la señal de comunicación. Momentos después, hablaba con el mayordomo...

CAPÍTULO XVI

—Viene a por el dinero, ¿eh? —dijo Galton.

—No, señor, no quiero su dinero. Es una suma enorme, pero, honestamente, no puedo admitirla. Me conformaré con que me abone la nota de gastos que le he traído, más doscientos dólares diarios.

Burr dejó un papel sobre la barra del bar en que se hallaba Galton. El dueño de la isla leyó la nota y arqueó las cejas.

—Es usted modesto, amigo mío —dijo.

—No me hace falta más que lo justo, señor.

Galton se encogió de hombros.

—Está bien, le daré un cheque —dijo—. Pero, créame, no le entiendo en absoluto.

Burr guardó silencio. Galton se alejó hacia su despacho, del que regresó a los pocos minutos. Burr observó que ahora se cubría con un batín corto, en uno de cuyos bolsillos captó un bulto sospechoso.

Galton le entregó el cheque. Burr leyó la cifra y, tras doblarlo tranquilamente, lo guardó en el bolsillo.

—Está bien, muchas gracias —dijo—. Y ahora, ya puede contratar a un equipo de hombres-rana para que le saquen la maleta con la bomba. Está hundida en el lago, a ciento cincuenta metros de la orilla, hacia el nordeste.

Galton se sobresaltó.

—¿Qué está diciendo, hombre? —barbotó.

—Lo que ha oído. Aunque le resultaría más cómodo lanzar la señal que desactivaría el mecanismo de explosión.

—No entiendo en absoluto, se lo juro —dijo Galton.

—Se lo explicaré con todo detalle —contestó Burr—. Una bomba atómica es algo fácil de construir para alguien que disponga de diez

o doce kilos de uranio 235. El uranio debe estar dividido en dos partes absolutamente iguales, las dos mitades de una esfera perfecta, cuyas caras planas deben poseer una lisura total, sin el menor defecto, sin que haya siquiera una tolerancia de una centésima de milímetro.

»Cuando esas medias esferas se unen rápida y violentamente, se alcanza la masa crítica y se produce la explosión, semejante en todo a la que arrasó Hiroshima. Naturalmente —añadió Burr—, hablo de una bomba de dicho tipo, no de otra de mayor potencia.

»Pero esa bomba era suficiente para sus propósitos. La reunión de las semiesferas se efectuaría mediante el disparo simultáneo de dos cartuchos de proyectil de treinta milímetros, cuya carga de pólvora, estallando contra un pequeño escudo de hierro, sería suficiente para impulsar las medias bolas una contra otra. Todo el conjunto está encerrado dentro de un cilindro de plomo que, al mismo tiempo que asegura protección contra las radiaciones, hace el efecto de émbolo para el juego de las piezas móviles exactamente ajustadas al diámetro interior del cilindro.

»Finalmente, un mecanismo de relojería, conectado a un receptor de radio, haría funcionar el sistema de disparo que provocaría la deflagración de la carga de los cartuchos. No se necesitan altímetros ni otros mecanismos más sofisticados, de los que se emplean cuando la bomba ha de ser lanzada desde un avión o en la cabeza explosiva de un cohete, porque tenía que estallar a ras del suelo.

Galton sonreía burlonamente.

—Una explicación maravillosa, pero ¿iba a ser yo tan tonto de destruir mi propia fábrica?

—Usted no quería destruirla, por supuesto; lo que pretendía era venderla al gobierno. Sus finanzas no andan muy boyantes, a pesar de que presume lo contrario. Está tratando de convencer a determinada agencia federal de que le compren el Centro, y uno de los motivos que pensaba alegar era la pobreza de sus medios de vigilancia, que no se pueden comparar con los del gobierno. ¿Qué esperaba obtener? ¿Cien, doscientos millones?

Galton se irguió.

—Todo eso no son más que estupideces sin fundamento. Yo le contraté para buscar a Vardan. Si hubiese pensado de la forma que

dice, ¿habría sufrido usted tantos atentados?

—Lo malo para usted es que algunos de sus cómplices discrepaban de los planes elaborados y no querían que yo encontrase a Vardan. Además, sabían que investigaría hasta el final. A Missur, por ejemplo, y también a Sutherland, les interesaba mucho más el dinero que podrían obtener de un chantaje auténtico. Si usted vendía el Centro al gobierno, ellos no iban a percibir más que una suma ínfima, comparada con la exigida en la última carta.

»Pero no se puede contratar a aficionados, al menos, del calibre de Sutherland, que se dejó robar la maleta con la bomba...

—Yo no tengo nada que ver con Sutherland —gritó Galton.

—Le llamó desde la casa de Missur. Yo le oí quejarse de que las comunicaciones resultaban difíciles, cuando no se disponía de radioteléfono en el coche, como el que tenía en el que le robaron. Usted no tiene teléfonos corrientes en la isla; todo lo hace por radio.

Galton inspiró con fuerza.

—Pero yo no tengo nada que ver con todos esos crímenes —alegó.

—Sus abogados se encargarán de demostrarlo cuando le juzguen —contestó Burr—. Aunque les resultara difícil, créame. Su error consistió en aliarse con unos desaprensivos como Missur y el falso Sikhin, es decir, Sutherland. Ellos vieron enseguida que el asunto podía proporcionarles la riqueza y fingieron ayudarle.

—Ha resultado demasiado listo —gruñó Galton.

—No me contrató por tonto. Además, ¿por qué diablos me ordenó cesar en el caso? Su primera orden fue la de traer aquí a Vardan, pero cambió de opinión cuando supo que la maleta había desaparecido. Creía que Sutherland le informaría a tiempo y que podría no sólo desactivar la bomba, sino indicar a las autoridades el lugar en que estaba escondida, a fin de probar sus temores y facilitar así la operación de venta. Vardan ya no le servía para nada; era un idealista y esa clase de hombres no le gustan.

—Usted no es un idealista, precisamente.

—Lo soy. De lo contrario, ahora tendría en el bolsillo un cheque por cien mil dólares, pero me he conformado con lo justo.

Galton inspiró con fuerza.

—Habrà obtenido otros informes, supongo, que le permiten relacionarme con este asunto —dijo.

—Claro, hombre —rió el investigador—. Ustedes lo hicieron rematadamente mal, a pesar de todas las precauciones tomadas y los planes tan largamente elaborados, entre los que se incluyó, ¿cómo no?, la captación de la voluntad de un hombre sumido en profundas dudas a causa de los trabajos que realizaba. Pero pasaron un detalle por alto, tan insignificante, en apariencia, que podría compararse al hombre que tropieza con la única piedra que hay en una autopista perfectamente lisa.

—Bien, ¿qué detalle es ése? Me muero de curiosidad.

Burr continuaba sonriendo.

—La maleta —dijo—. Era suya; sólo un tipo tan distinguido como usted podía usar una maleta de auténtica piel de cocodrilo, con herrajes chapados en oro.

—Muchos usan maletas de ese tipo...

—Pero sólo uno dejó la etiqueta con el nombre y dirección pegada en su interior; el verdadero dueño, Richard Grey Galton.

Un profundo silencio gravitó repentinamente sobre la estancia.

—Usted conoce la clave de radio que desconectará la bomba —dijo Burr—. Missur tuvo que decírsela, para que lanzase la señal desde la isla. Bien, ahora la bomba está en el fondo del lago. Desactive la bomba o esta isla desaparecerá, con todos sus ocupantes.

De acuerdo —contestó Galton—. Lo haré, pero ustedes no lo repetirán a nadie.

Un revólver apareció súbitamente en la mano de Galton. Eunice gimió.

—¡Tire esa pistola! —gritó alguien de pronto, en la terraza del edificio.

Galton se volvió, bramando de ira. Burr se lanzó a un lado, derribando de paso a la muchacha.

Sonaron varios disparos, muy rápidos. Burr gritó, pero su voz se perdió entre el fragor de las detonaciones.

Galton abrió los brazos y rodó por el suelo. Dos hombres, vestidos de paisano, irrumpieron en la estancia.

—Hemos llegado a tiempo —dijo uno de ellos—. Agente Rustler, del FBI —se presentó.

—Debían haber tirado a las piernas —rezongó Burr—. Si ese hombre muere, ¿cómo desactivaremos la bomba?

Los federales se quedaron parados. Galton se movió en aquel momento.

—

S. O. S.

tres... veces... —jadeó—. En la radio... de mi despacho...

La cabeza de Galton se volvió bruscamente a un lado.

Burr se puso en pie.

—Ya lo han oído, muchachos —dijo—. El resto es suyo.

Burr agarró el brazo de Eunice y se dirigió hacia la salida.

—¡Eh, tiene que ayudarnos! —protestó Rustler.

—¿Le parece poco todavía? —respondió Burr.

Otros agentes de uniforme reunían a los guardianes de Galton.

Burr y la muchacha se dirigieron hacia el embarcadero.

—¿Sabes? —dijo él de pronto—. Hace una tarde estupenda.

—Maravillosa —convino Eunice.

—Estoy viendo una barca con remos. De pronto, me han entrado ganas de dar un paseo por el lago.

—Eres un tipo romántico —dijo ella, riendo.

Burr le pasó una mano por la cintura.

—Con una chica tan guapa como tú, tengo que serlo a la fuerza.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.